

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Escenas militantes



Lenguajes, identidades políticas
y nuevas agendas del activismo
estudiantil universitario

Rafael Blanco

Grupo Editor Universitario

CLACSO

RAFAEL BLANCO

Escenas militantes

Lenguajes, identidades políticas
y nuevas agendas del activismo
estudiantil universitario



Colección Grupos de Trabajo

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Pablo Gentili - Secretario Ejecutivo

Pablo Vommaro - Director de Grupos de Trabajo, Investigación y Comunicación

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Núcleo de producción editorial y biblioteca virtual

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Núcleo de diseño y producción web

Marcelo Giardino - Coordinador de Arte

Sebastián Higa - Coordinador de Programación Informática

Jimena Zazas - Asistente de Arte

Rosario Conde - Asistente de Programación Informática

Equipo Grupos de Trabajo

Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Alessandro Lotti, Teresa Arteaga

Creemos que el conocimiento es un bien público y común. Por eso, los libros de CLACSO están disponibles en acceso abierto y gratuito. Si usted quiere comprar ejemplares de nuestras publicaciones en versión impresa, puede hacerlo en nuestra Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales.



Biblioteca Virtual de CLACSO www.biblioteca.clacso.edu.ar

Librería Latinoamericana de Ciencias Sociales www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE.

Primera edición

Escenas militantes: lenguajes, identidades políticas y nuevas agendas del activismo estudiantil universitario
(Buenos Aires: CLACSO, junio de 2017)

ISBN 978-987-1309-23-8

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional  **Asdi**

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

RAFAEL BLANCO

Escenas militantes

Lenguajes, identidades políticas
y nuevas agendas del activismo
estudiantil universitario



 Grupo Editor Universitario

Blanco, Rafael

Escenas militantes : lenguajes, identidades políticas y nuevas agendas del activismo
estudiantil universitario / Rafael Blanco. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Grupo Editor Universitario, 2016.

72 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1309-23-8

1. Juventud. 2. Cultura y Sociedad. I. Título.

CDD 306

1ª edición: abril 2016

Diseño, composición, armado: m&s estudio

Diseño de tapa: GEU

©2016 by Grupo Editor Universitario

San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-1309-23-8

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Reconocimientos y agradecimientos

Este libro es producto del trabajo colectivo en distintos espacios que conviven desde mi formación como becario y mi actual desempeño como Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Quisiera agradecer especialmente a Pablo Vommaro por la invitación a escribir en esta colección y a la editorial por la apuesta y el apoyo. Como fue dicho, para este libro recupero parte de lo realizado durante el proceso de investigación doctoral, que fue posible por la orientación, el intercambio y el acompañamiento en el trabajo diario de mi directora, Sandra Carli, a quien quiero nuevamente agradecer y reconocer.

Agradezco también a Melina Vázquez y Pedro Núñez que, junto con Pablo, me invitaron en 2012 a conformar el Equipo de Estudios en Políticas y Juventudes (EPOJU), y a Marina Larrondo y Alejandro Cozachcow con quienes compartimos el trabajo en el proyecto PICT 2012-2015 “Activismo y compromiso político juvenil: un estudio sociohistórico de sus experiencias políticas y militantes (1969-2011)” en el que este libro se inscribe.

A Cristian González y María Paula Pierella, mis compañeros del Programa de Estudios sobre la Universidad Pública (PESUP) que colaboraron en las lecturas finales de algunos capítulos y los enriquecieron con aportes y bibliografía. A María Pía Venturiello y Carolina Justo Von Lurzer (a esta altura, co-autora de cada texto que escribo) por sus comentarios, correcciones y sentidos del humor. A Mariano Chervin, quien además de colaborar en la lectura de algunas versiones preliminares participó del relevamiento de materiales y de la reflexión sobre algunos pasajes. Con todas estas personas y equipos mencionados comparto el trabajo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA), dirigido por Carolina Mera, quien acompaña y alienta la tarea cotidiana de investigación en ciencias sociales. Este libro y la investigación que lo sustenta fueron posibles debido a las políticas públicas en el área de ciencia y técnica que permitieron entre 2007 y 2012 mi formación como becario del CONICET y mi actual desempeño como investigador.

Por último agradezco a mi familia, a mis amigos y amigas por el acompañamiento y la confianza, y a todos quienes fueron entrevistados por el aporte imprescindible a este trabajo.

Quiero dedicar este trabajo especialmente a mi abuela Angelita y mi amiga Ana, mis heroínas involuntarias.

A José por su acompañamiento cotidiano.

Y a Eduardo Remedi, a quien extraño y de quien voy a extrañar siempre sus consejos, su impulso, su complicidad.

ÍNDICE

Introducción	9
CAPÍTULO I	
Experiencia estudiantil, vida cotidiana y politización en la universidad pública	15
CAPÍTULO II	
Identidades, lenguajes y agendas dominantes de las agrupaciones estudiantiles	27
CAPÍTULO III	
Género y diversidad sexual como nuevas causas militantes	45
Epílogo	63
Bibliografía	67

Introducción

En sus primeros días de clases, una estudiante de Psicología se encontraba cursando en la sede ubicada en el barrio porteño de San Cristóbal cuando un acontecimiento marcó el comienzo de su vida universitaria. Es fines de abril de 2003. Luego de haber transitado su escolarización anterior en el sistema privado, la elección de la carrera y del lugar no fue azarosa: “Ya desde entrada tenía claro que era acá, no solamente que era Psicología para cursar psicoanálisis sino que era la Universidad de Buenos Aires”. El prestigio atribuido a esta casa de estudios fue decisivo en su elección. En el aula en la que cursaba ese mediodía había un muñeco pegado al techo con la careta del ex presidente estadounidense George W. Bush (2001-2009); alrededor del pizarrón otros carteles y afiches. En las horas de cursada en más de una ocasión ingresaban al aula estudiantes que militaban en distintas agrupaciones, difundiendo e invitando a distintas actividades en la Facultad, informando sobre algún conflicto o convocando a participar en alguna manifestación, de las tantas que se produjeron luego del 2001. La clase de la materia introductoria “Psicoanálisis I” se desarrollaba como siempre. “Pero en un momento vino personal no docente a avisar que cerraban la facultad, que nos teníamos que ir”. Mientras se va retirando se encuentra “con un montón de gente que era ajena a la facultad, mujeres grandes, madres con sus hijos, micros en la puerta; gente que no era de la facultad”. Ese día, numerosos trabajadores de la fábrica textil Brukman –en su mayoría mujeres– se refugiaban en la Facultad, corridos por una brutal represión policial que estaba teniendo lugar frente a su lugar de trabajo, ubicado a pocas cuadras de ahí, y del que habían sido desalojados días antes. “Y cuando salí del aula”, sigue su relato la entrevistada, “estaban tirando gases lacrimógenos dentro de la facultad, y la gente corría. Fue muy fuerte. Se me hizo carne lo de la autonomía universitaria: que la policía no puede entrar y la importancia del rol de la militancia ahí adentro. Era el lugar. Era un lugar para estar ahí adentro”.

Esta pequeña escena, tomada del relato de una estudiante acerca de su paso por la facultad, condensa algunos de los núcleos que estructuran este libro: la visión de los y las estudiantes, quienes militan y quienes no, del lugar de la política en la vida universitaria; las articulaciones entre las causas militantes en el interior de la institución, con sus lógicas, lenguajes y estéticas, y los acontecimientos que marcan el pulso del –no siempre distinguible– afuera de la universidad; por último, los procesos de politización que “hechos carne”, retomando la voz de la entrevistada, dejan huellas en las biografías singulares.

Para recorrer estos temas he elegido reconstruir algunas escenas militantes –como el título del libro indica– a partir de un conjunto de entrevistas y observaciones realizadas, y del relevamiento de distintos materiales producidos por agrupaciones estudiantiles. Uso la escena como un recurso metodológico, como una forma de recortar del *continuum* de los relatos de estudiantes, acontecimientos, procesos de distinta duración e imágenes que refieren a las agendas, los lenguajes y las identidades que configuran los repertorios y causas militantes del activismo universitario entre el 2001 y el presente. Tomo la definición de “agenda” de Luis Aguilar Villanueva (1993), para quien esta refiere no solo al conjunto de cuestiones y demandas seleccionadas que se han decidido como líneas de acción, sino también aquellos asuntos pendientes que son considerados problemas y que, eventualmente, pueden conformarla. Esta definición de agenda –que enfatiza el componente dinámico y procesual de su conformación– permite hacer evidentes las disputas que se producen en torno a la legitimación de determinados temas en las prácticas y discursos de las agrupaciones. Por “lenguajes” refiero principalmente al estilo verbal (y en menor medida al visual), a los registros del habla y la escritura, al léxico, a las estrategias del decir y, *grosso modo*, a las posibles formas de puesta en discurso, de apropiación de la lengua –la enunciación, en términos de Benveniste (1996)– que moviliza el activismo estudiantil. Porque si en algo interesa hacer hincapié es que luego del 2001 proliferan y conviven distintas formas de interpelar al estudiantado, desde modos más cercanos y coloquiales a estilos tradicionales que evidencian las asimetrías de saberes, de experiencias, y de interpretaciones válidas entre quienes militan y quienes no.

Esas diferentes formas de hablar lo político y de “buscar llegar” obedecen a distintas razones en las que el libro se detiene. El desplazamiento de la agrupación Franja Morada de la conducción de la mayoría de los centros de estudiantes de la Universidad de Buenos Aires (UBA) a partir del 2001 abre paso a la proliferación de izquierdas, partidarias e independientes y, posteriormente, de las referenciadas en el kirchnerismo. Se fue

produciendo así una relativa renovación de las agendas que conllevó, a su vez, transformaciones en los lenguajes y no sólo en los contenidos. Así, la atención a la especificidad de los saberes y de lo académico, la mirada atenta a las articulaciones con la comunidad o “el territorio”, la politización progresiva de lo que antes era considerado “personal” o del orden de la intimidad como el género y la sexualidad, van a ir integrándose a las agendas de las agrupaciones junto con la búsqueda de nuevas formas de tratar estos temas (o “laburarlos”, como expresa la jerga militante). De ahí la atención a las identidades políticas: porque durante los años comprendidos en el análisis, los significados, por caso, de “agrupación independiente”, las nominaciones de los espacios estudiantiles (desde crípticas siglas como “SLM” a nombres propios como el de Julio Antonio Mella) van a ir emergiendo, mutando, o, incluso, evaporándose, como en el caso sintomático de “la Franja”. Estas transformaciones son tomadas acá como indicios, como fragmentos de una historia incompleta y cambiante, pero que dan cuenta de que las identidades de las agrupaciones no son fijas, porque no lo son sus agendas, sus formas de interpelar ni los vínculos con los acontecimientos nacionales que modulan, cuando no estructuran, sus propias dinámicas.

Algunas ideas generales orientan la argumentación de este libro. Interesa sostener acá que:

- las experiencias de politización no se agotan en las expresiones organizadas ni necesariamente colectivas, sino que están constituidas por un amplio espectro de eso que podemos llamar –retomando una formulación que será desarrollada más adelante– *lo político*;
- lo político es constitutivo de la experiencia estudiantil en la universidad pública, tanto para quienes militan más o menos constantemente en una agrupación como para quienes han tenido una participación esporádica o nula en estas;
- las agendas, disputas, formas de organización y estrategias de aproximación al estudiantado de las agrupaciones son diversas, y no es posible subsumirlas a algún tipo de caracterización del movimiento estudiantil como si se tratara de un actor homogéneo (por ejemplo, “transformador”, “revolucionario”, “conservador”);
- las transformaciones en el terreno de la vida cotidiana y en la esfera de la intimidad, es decir, los cambios en que hasta hace poco eran considerados temas menores, irrelevantes, han impactado y redefinido, sin poder medir los alcances de estas transformaciones, en las agendas de las agrupaciones estudiantiles y en las formas de politización de los actores universitarios.

Señalo una breve caracterización del material analizado y de las coordenadas de espacio y tiempo que abarca este trabajo, necesarias para “poner en caja” el análisis y los posibles hallazgos. El corte temporal referido (2001-2015) está delimitando por el material que ha sido analizado. Este se compone, en su mayoría, de lo relevado para mi tesis doctoral (2007-2012)¹. Para este trabajo realicé treinta y seis entrevistas en profundidad y numerosas observaciones, principalmente en las facultades de Psicología y de Ciencias Exactas y Naturales (UBA) entre mayo de 2008 y julio de 2011. Los sujetos entrevistados de ambas facultades, cursaron y aprobaron el primer año –el Ciclo Básico Común– entre los años 2002 y 2005 y comenzaron su carrera entre los años 2003 y 2006. Al momento de ser entrevistados tenían entre 23 y 29 años.

El libro integra y articula la relectura de estas entrevistas y de algunos textos publicados anteriormente (Blanco 2014a; 2014b; 2014c; 2014d) con un segundo trabajo de campo, que consistió en el relevamiento de materiales producidos por las agrupaciones y de conversaciones informales entre junio y agosto de 2015 en las dos facultades referidas, y en Filosofía y Letras, Ciencias Sociales e Ingeniería. Esta segunda etapa permitió conformar un corpus de análisis más vasto, orientado a leer los alcances de algunos procesos identificados durante la primera indagación. El trabajo refiere exclusivamente a hechos y acontecimientos que tienen lugar en la experiencia de estudiantes de la Universidad de Buenos Aires, emplazada en la ciudad homónima (aunque el contraste o la similitud pueden brindar pistas para otras universidades nacionales o, incluso, “macro-universidades” regionales). Esto le imprime a las “escenas militantes” rasgos específicos: transcurrir en el marco de una casa de estudios con más de 300 mil estudiantes (sin contar los posgrados ni colegios secundarios), en una ciudad de tres millones de habitantes, cosmopolita, sede del gobierno central, en la que diariamente se expresan y producen numerosos conflictos, y atravesada por una intensa vida política, cultural y artística, entre otras cualidades. Finalmente, vale decir que el texto se propone como el resultado de una lectura situada –desde el análisis del discurso y la semiología, los estudios sobre juventudes y un articulación de enfoques de análisis cultural– acerca de un conjunto de procesos y acontecimientos que configuran lo político en el activismo estudiantil. En este sentido no

1. Para la obtención del Doctorado en Ciencias Sociales (UBA) se defendió la tesis “Universidad, regulaciones sexo genéricas y vida cotidiana. La dimensión sexuada de la experiencia estudiantil” dirigida por Sandra Carli en el marco de una línea de trabajo sobre *experiencia universitaria* y los proyectos que esta investigadora desarrolla en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA).

es ni pretende exhaustividad ni representatividad acerca de las formas de militancia universitaria actuales ni tampoco una interpretación histórica del período recortado. Es, de nuevo, una lectura enfocada en esa temporalidad que, como dijimos, se inicia en 2001 luego de una pronunciada crisis a la que le siguió un intenso y vertiginoso proceso de reconfiguración política y cultural que tiene impacto específico en la universidad y en el activismo estudiantil. Período que, por último, el inicio de 2016 parece anunciar futuros repliegues, reacomodamientos y nuevos actores en el espacio del activismo estudiantil universitario

El libro se organiza en tres capítulos, seguidos de unas palabras finales. En el Capítulo I *Experiencia estudiantil, vida cotidiana y politización en la universidad pública*, interesa realizar una breve caracterización del período trabajado (2001-2015) y del tipo de abordaje, metodológico e interpretativo realizado centrado en la perspectiva de la *experiencia universitaria*. En el Capítulo II *Identidades, lenguajes y agendas dominantes de las agrupaciones estudiantiles* el foco está puesto en las estrategias de interpelación, los temas dominantes en las agendas y los rasgos del lenguaje que organizan la discursividad del activismo estudiantil. Por último, el Capítulo III *Género y diversidad sexual como nuevas causas militantes* focaliza en las distintas formas de incorporación de cuestiones novedosas para el repertorio de causas militantes del activismo universitario como son géneros y sexualidades.

Experiencia estudiantil, vida cotidiana y politización en la universidad pública

Tanto para quienes militan, de manera permanente o episódica, como para quienes no han participado en ninguna agrupación, el lugar que lo político tiene en la universidad pública constituye un comentario recurrente entre estudiantes. Estos comentarios aparecen en los relatos, a veces, como el recuerdo más marcado del inicio de la vida universitaria: “lo primero que te impacta cuando entrás son los carteles, la propaganda militante”, “el tema de los afiches políticos”, “las elecciones, que haya elecciones, eso era algo raro para mí”². En ocasiones, también refiere a un universo novedoso, que genera curiosidad, interés y que encuentra en la universidad su lugar de expresión: “cuando uno llega a acá desde el secundario viene sin ninguna experiencia, llegás y empezás a ver, te empezás a interesar”. O como una actividad que produce “desconfianza: “participé siempre desde afuera porque nunca me sentí parte de ninguna agrupación”. Por último, la relación entre universidad y política está atravesada también en los relatos estudiantiles por los afectos, por las amistades y noviazgos: “mi mayor grupo de amigos viene de la militancia”, “con mi novio nos conocimos militando”.

La presencia de la política en el habla estudiantil se cristaliza en la referencia a ese conjunto de prácticas, discursos, e instituciones reconocibles como son las agrupaciones, el centro de estudiantes o las elecciones, con sus agendas de temas, sus rituales y conflictos presentes en la vida cotidiana universitaria. Pero también es posible ubicar en los relatos de

2. En este y en los capítulos siguientes, aquellos términos y frases entrecomilladas corresponden a expresiones y categorías nativas surgidas de las entrevistas realizadas. Por otra parte, aquellos testimonios que ameritan un comentario detenido se indican mediante su ubicación separada en el texto

estudiantes un conjunto de cuestiones, no necesariamente relacionadas con “la” política pero que potencialmente podrían serlo: aquellas ligadas a los saberes y la formación, la necesidad de espacios comunes o de encuentro, e incluso dimensiones antes consideradas como del ámbito privado, como el género o la sexualidad. Justamente, los procesos de politización, tomando la distinción de Chantal Mouffe entre la política y lo político que recuperaremos a lo largo de este libro, refieren a ese proceso de pasaje entre lo posible y lo que finalmente se instituye, entre posibilidades excluidas y su inclusión en un determinado orden. “Las cuestiones propiamente políticas siempre implican decisiones”, afirma esta autora, “que requieren que optemos entre alternativas en conflicto” (Mouffe, 2005: 17).

Esta distinción nos permite explicar el modo en que parte del activismo universitario luego de 2001 va a reconfigurar sus agendas, ensayar nuevos lenguajes y, producir así, mutaciones en el juego de las identidades políticas. En estas transformaciones del orden de la política *vía* la incorporación de nuevos repertorios, nos interesa señalar los procesos de politización que fueron movilizados –con creciente atención a los elementos cotidianos propios del escenario universitario, como así también a algunas de sus vacancias o limitaciones.

Accedemos a estos procesos a través del análisis de la experiencia universitaria de estudiantes en un período que presenta diferentes cambios: de la crisis de representaciones políticas a la emergencia del kirchnerismo en la escena nacional; del desplazamiento de la Franja Morada como actor dominante al surgimiento de nuevas expresiones de izquierda en la universidad; de la acelerada transformación de la “vida privada” y la intimidad a un nuevo orden de visibilidad del género y la sexualidad. En este capítulo nos detenemos en precisar algunos de estos procesos como así también nuestro enfoque de trabajo.

1. La perspectiva de la experiencia universitaria

La conceptualización sobre la experiencia universitaria ha sido desarrollada por Sandra Carli en el marco de una línea de trabajo que se propone, tanto en términos teóricos como metodológicos, “recuperar una historia del presente de la universidad pública” a partir de la construcción de relatos (2012:23). Teniendo en cuenta aportes de diferentes disciplinas y campos de conocimiento, como la etnografía, los estudios biográficos, la etno-sociología y distintas vertientes del análisis del discurso, esta perspectiva se aboca al análisis del devenir de las universidades públicas, como sostiene la autora, “desde abajo”, desde las voces de sujetos anónimos, con el objeto de elaborar hipótesis, explicaciones y análisis situados

sobre estas instituciones. Para ello, este enfoque retoma una característica distintiva del método etnográfico que se ha extendido hacia distintas tradiciones de las ciencias sociales: la de trabajar a partir de “la voz”, el “punto de vista”, o la perspectiva de los actores. El objetivo es comprender, buscar explicar y caracterizar, tomando prestada la formulación coloquial de Daniel Bertaux (2005), “cómo funciona eso” desde los actores, que en el caso de este trabajo refiere a las modalidades que asume el activismo estudiantil durante la primera década y media de este siglo. La recuperación de relatos es en este sentido una de las mediaciones para abordar el objeto de este libro; relatos que se articulan con otros materiales y, desde ya, con la intervención en su lectura de autores, precisiones y tradiciones conceptuales. Es a partir de esta articulación que se procedió a la construcción de algunas escenas del activismo universitario y de su análisis.

Abordar la reconfiguración de las agendas, lenguajes e identidades políticas desde la perspectiva de la experiencia universitaria así entendida implicó abrir el juego a la palabra no sólo de aquellos y aquellas estudiantes que militan en las agrupaciones, o lo que estas dicen sobre sí mismas en sus distintos materiales elaborados, sino también inscribir esos relatos en una trama más amplia. Esta involucra las voces de estudiantes que manifiestan adhesión, desconfianza, indiferencia o interés, sostenido o episódico, por el activismo universitario. Involucra, a su vez y como es trabajado en los modos en que emergen las “nuevas agendas”, la mirada sobre las culturas institucionales y las particularidades que adquieren las causas militantes, lenguajes e identidades políticas según el “clima universitario” de cada institución (Califa, 2007). Es decir, en las características que adquiere e activismo estudiantil juegan también las especificidades de cada contexto, las tradiciones de cada facultad, donde tallan las disciplinas y la legitimidad de sus distintos actores.

La perspectiva de la experiencia estudiantil es un enfoque que busca tomar distancia –aunque no exclusivamente– de dos aproximaciones habituales para comprender la figura del estudiante: la del *heredero*, conceptualización de Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron (2003), y la homologación entre estudiante y movimiento estudiantil (Carli, 2014). En el trabajo pionero que los autores franceses realizaron acerca de los estudiantes universitarios, publicado a fines de los años sesenta, estos identificaron que la condición de estudiante era detentada preponderantemente por jóvenes de las clases privilegiadas –aunque los mismos autores marcaban ya por entonces en declive– que, debido a su posición en la estructura social, constituían los principales usuarios del sistema de enseñanza. De ahí que Bourdieu y Passeron hayan caracterizado a los estudiantes mediante la figura, el tipo ideal, de los *herederos* de la cultura.

La crítica a esta figura ha provenido de la propia sociología francesa. “¿Quiénes son los estudiantes?”, se pregunta François Dubet (2005), para responder que “estudiante” es una condición definida, por un lado, por la experiencia juvenil que traspasa la propia universidad, y, por otro, por circunstancias de estudio particulares que la definen.

Es en ese cruce entre ambos procesos que la condición de estudiante *se produce*; de ahí que

a veces, este encuentro es tan débil que los estudiantes sólo aparecen como jóvenes que van a la universidad algunos días a la semana, pero otras aparecen, al contrario, como “verdaderos estudiantes”, totalmente definidos por el tipo de estudios que hacen. La experiencia estudiantil debe entenderse como un recorrido. Desde el momento en que abandonan el mundo de los Herederos, los estudiantes de la universidad de masas se enfrentan a un problema de aculturación durante el cual o bien “se vuelven estudiantes” o bien no pueden lograrlo y desertan (Dubet, 2005: 3)

Vale detenerse en esta cita para destacar algunos de los aportes que realiza Dubet en la reflexión sobre la condición estudiantil en un contexto epocal que no es el de los años sesentas. En primer lugar, el autor señala que existen diversas maneras de devenir estudiante, más “débiles” o poco específicas, o más marcadas y reconocibles. En segundo lugar, que este proceso conlleva un “recorrido”, implicado en la noción de experiencia. Podríamos decir entonces que estudiante universitario, en todo caso, “se llega a serlo”. Por último, el autor atiende a la dimensión de la masividad, clave en el trabajo que realizamos, ya que esta habilita la coexistencia en un mismo espacio de trayectorias socioeconómicas, culturales y educativas diversas.

El hecho de tomar en cuenta estos rasgos –como fue dicho en la Introducción: a la UBA concurren 300 mil estudiantes sólo de grado– como así también las distintas procedencias que confluyen, hace difícil, sino carente de sentido, el análisis de los y las estudiante desde una figura como la de “heredero” que totalice la mirada sobre este sujeto universitario. Por caso, según el censo estudiantil de la Universidad de Buenos Aires de 2011, solo el 26,3% de los estudiantes de grado tiene padre con título universitario y el 23,0% madre profesional, proporciones que alcanzan el 33,1% y 40,0% si se consideran además los estudios superiores no universitarios (con terciario completo). Quienes estudian en la UBA residen en proporciones similares en la Ciudad de Buenos Aires (53,1%) y en el Gran Buenos Aires (42,2%), provienen de escuelas de gestión privada (57,4%) y pública, y en su mayoría trabajan (62,7%) en simultáneo a la cursada, porcentaje mayor en estudiantes de la Facultad de Psicología, una en las que se ha realiza-

do el trabajo de campo, en la que esta proporción llega al 72,7%. Según el mismo censo, el 51,1% de los estudiantes que trabajan ha declarado tener dificultades para articular sus horarios laborales y los de la cursada de las asignaturas, en tal grado que esta dificultad ha llegado a modificar el proyecto de formación universitaria por razones laborales o económicas. Señalamos estos datos para dar cuenta de la diversidad relativa de los perfiles de estudiantes que no se ajustan fácilmente a la figura de aquel que proviene de los sectores más favorecidos.

A su vez, la idea de “recorrido” indicada por Dubet da prioridad en la investigación a la reconstrucción de relatos biográficos. Los relatos dan cuenta de los recorridos singulares caracterizados a partir de un conjunto de acontecimientos, decisiones, imprevistos, puntos de inflexión y hechos triviales que cada estudiante evoca acerca de su curso por la institución. Algunos rasgos del vínculo con lo político aparecen en menciones a los modos en que son interpelados por las organizaciones estudiantiles quienes no desarrollan una actividad militante, a las formas en que se produce la incorporación de estudiantes a las agrupaciones, a la adhesión o el rechazo a determinadas causas militantes, o los repertorios de acción, entre otros tópicos, que indican que la relación entre experiencia estudiantil y política modula con distintas intensidades los itinerarios singulares.

Como un último rasgo de la perspectiva teórica y metodológica adoptada interesa remarcar que el análisis se centra no sólo en los hechos relatados sino también en los *modos del decir*. De ahí la atención al lenguaje que se apuntala, desde el título, como una clave analítica. Como señala Leonor Arfuch (2002) para el trabajo con entrevistas y relatos biográficos, difícilmente pueda considerarse un contenido temático aislado de su enunciación. Por ejemplo, la ironía, el humor, las marcas del “yo” o del “nosotros” en el discurso, la polifonía (es decir, las diversas formas que asume la interrelación de voces en el discurso; los discursos anteriores que habitan el decir individual) son también rasgos que fueron tenidos en cuenta en el trabajo interpretativo.

La atención a esta dimensión enunciativa –las marcas en el discurso que, como marcó Benveniste (1996), indican la inscripción de la subjetividad en el lenguaje– constituyen un elemento clave para comprender algunos rasgos del activismo estudiantil. Justamente, una de las hipótesis que estructura el análisis en el capítulo siguiente es que en el terreno de la enunciación radica una de las principales diferencias entre las agrupaciones autodenominadas “independientes” que surgen luego del 2001 y las partidarias.

2. Universidad y movilización estudiantil entre 2001 y el presente

La contigüidad entre “estudiante” y “movimiento estudiantil” se estableció por el lugar que las formas colectivas de organización estudiantil ocuparon durante el siglo veinte en diferentes acontecimientos históricos y políticos en la escena pública local, regional y global, y de manera marcada en los años sesentas (Reguillo, 2000).

En el caso argentino, la organización estudiantil protagonizó numerosos hitos que van desde el movimiento reformista de 1918 hasta los acontecimientos de diciembre de 2001, atravesando los procesos políticos de las décadas del sesenta y setenta, como así también –aunque constituye un proceso menos visibilizado– durante la recuperación democrática (Vommaro, Vázquez, Blanco, 2015). Estos y otros hechos están presentes tanto en las entrevistas como en los materiales relevados de las agrupaciones, donde se hace referencia a diferentes fechas y sucesos (como la Reforma Universitaria, el “cordobazo” de 1969 o el “argentínazo” del 2001) en pos de la conformación de los contornos que trazan, jugando el juego de las diferencias, las identidades de los espacios del activismo estudiantil.

Para algunos autores, la relación entre la condición de estudiante y el movimiento estudiantil adquiere contornos específicos, en la universidad pública argentina debido al lugar que la política ocupa en la dinámica interna. La alternancia entre democracias y dictaduras en el siglo pasado produjo, según Francisco Naishtat, Ana María García Raggio y Susana Villavicencio, un “plus de politicidad” en la región por la tensión provocada en pos de la defensa de la autonomía como bandera y contra intervencionismo de los gobiernos dictatoriales. Siguiendo esta reflexión, la politización referida “trasunta en la experiencia del gobierno universitario como bautismo político para toda una masa de jóvenes universitarios. La militancia estudiantil tiene en Latinoamérica una tradición ausente en los países de Europa y en los Estados Unidos, y que marca el mundo de la vida universitaria latinoamericana en su identidad profunda” (Naishtat, García Raggio y Villavicencio, 2001: 27).

En efecto, la presencia en el gobierno universitario constituye una característica peculiar de la experiencia universitaria en relación con otros niveles educativos. Si durante la formación secundaria la participación en centros de estudiantes, las experiencias de “toma” de las escuelas, o distintas formas de agrupamientos espontáneos conforman, como señala Pedro Nuñez (2013) los repertorios de acción estudiantil, la vida universitaria introduce, como rasgo distintivo, la posibilidad del sufragio y de la participación en cargos electivos. Incluso, el hecho de votar y la interven-

ción en un acto eleccionario con posibilidad de incidir en las decisiones institucionales, o participar en alguna de las instancia que ello conlleva (como la fiscalización o simplemente entrar en contacto con el espectro de propuestas y opciones electorales) puede preceder a la experiencia de las elecciones nacionales, provinciales o locales,³ marcando el inicio de la participación en la vida democrática de miles de jóvenes.

Así, quien se encuentra en posición de estudiante es un *ciudadano* ya que posee representación en el gobierno de la “polis universitaria” (Kandel, 2004). En este sentido debe –como condición de su permanencia en la institución– participar de las elecciones de autoridades de manera obligatoria (elección que se produce cada dos años, en las renovaciones de los cuerpos legislativos) y de manera optativa en las elecciones de centros de estudiantes, como veremos en el próximo capítulo, concebida como la instancia “gremial” de representación.

No obstante, el cogobierno universitario, es decir, la presencia de estudiantes en las instancias de representación universitaria tanto a nivel de las facultades como de la universidad es cuestionada en el presente por gran parte de las agrupaciones estudiantiles por su falta –justamente– de representatividad. “Democratización”, y en su forma más específica, “un estudiante, un voto” son algunas de las consignas que recorren de manera más o menos constante al movimiento estudiantil local. Si el reclamo de “democratización” es posible señalarlo dentro del arco de repertorios que configuran aquellos elementos “invariantes que trazan una persistencia en el tiempo de demandas hacia la universidad” (Carli, 2014: 11), es posible al mismo tiempo indicar la agudización de este reclamo luego de la crisis de 2001.

Esta crisis tuvo su expresión y sus particularidades en el espacio universitario, que se manifestó en un creciente malestar respecto al funcionamiento político, institucional y cultural de la universidad. La crisis de representación y la fractura importante en el sistema de partidos políticos, coronado en la finalización anticipada del gobierno de la Alianza, coalición que lideraba la Unión Cívica Radical, repercutió también en la universidad, ya que era este el partido que gobernaba la UBA desde la recuperación de la democracia en 1983. De hecho, el desplazamiento de su brazo universitario, la Franja Morada, de numerosas conducciones estudiantiles constituye un hito presente en los relatos actuales de estudiantes que militan. Al mismo tiempo, ese lugar fue siendo progresivamente ocupado por otros espacios –principalmente agrupaciones de izquierda– que le imprimieron nuevas imponentas al activismo estudiantil.

3. Esta situación varía desde la sanción, en 2012, de la denominada “Ley de voto joven” (Ley N° 26.774), que establece el voto optativo a partir de los 16 años de edad.

Las entrevistas realizadas y los materiales recabados para el análisis abarcan como rasgo temporal el período posterior al 2001 hasta el 2015, por lo que interesa establecer una mínima caracterización interna de esta temporalidad para ubicar algunos acontecimientos que la traman. Retomamos para ello el trabajo de Pablo Vommaro (2015), quien establece una periodización en pos de analizar las formas de participación política de las juventudes locales desde el retorno democrático.

En primer lugar, es posible referir a un período de “agotamiento y estallido” (2001-2002), que marcó como punto de inflexión las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001. Meses antes se había anunciado un recorte presupuestario en las universidades nacionales (entre otras medidas) que fue masivamente repudiado con movilizaciones callejeras, no sólo estudiantiles sino también –como señala el autor– culturales y piqueteras integradas por jóvenes. Estos años marcan a su vez la construcción de espacios y formas de participación en los que la práctica política “no fue sólo un modo de resistir a los embates neoliberales, sino una manera de constituir espacios alternativos y ensayar propuestas de cambios sociales desde sus experiencias de vida cotidianas” (Vommaro, 2015:40). Si retomamos este pasaje es porque una de las cualidades que algunas de las escenas militantes trabajadas en los capítulos siguientes dan cuenta, es el de la experimentación y la búsqueda de articulaciones con la cotidianidad del espacio universitario (y no sólo el escenario nacional o internacional).

En segundo lugar, podemos referir al período denominado de “recomposición” de la política partidaria e institucional (2003-2015), delimitado por los gobiernos de Néstor Kirchner (2003-2007) y Cristina Fernández (2007-2015)⁴. Vommaro señala la existencia de indicios que dan cuenta de un crecimiento de la participación juvenil en estructuras clásicas, sin que esto marque el fin de las experiencias territoriales, autónomas o alternativas. Este dato cobra relevancia en el análisis realizado ya que un rasgo presente en las agendas estudiantiles, como referimos en el capítulo siguiente, es justamente el de la articulación entre agrupaciones universitarias y experiencias de este tipo (por caso, cooperativas de trabajadores surgidas durante la crisis del 2001). Como refiere el autor “podemos sostener que conviven las dos modalidades, se entretienen, se solapan, entran en tensiones y se transforman mutuamente” (ibidem: 41).

4. Coincidentemente, este corte del 2001 al presente “en dos tiempos” también es identificado en el trabajo de María Paula Pierella (2014) sobre la experiencia universitaria de estudiantes rosarinos, en torno a las transformaciones en las formas de autoridad. Sin precisar los años comprendidos, la autora refiere a estos momentos como de “quiebre de la estructura social” y, posteriormente, de “comienzos de nuevas formas de reestructuración social” (2014: 17)

En este período se produce también una revalorización de la juventud en la interpelación política. Como señala Melina Vázquez (2015), en esta interpelación “joven” pasa a constituir una categoría clave de movilización durante el kirchnerismo. En las narrativas estudiantiles y el relevamiento de materiales realizado en los dos tramos del trabajo de campo, esto es posible de ser relacionado con la creciente presencia en el espacio universitario –aunque con dificultad para hacerse de las conducciones de los centros de estudiantes– de las agrupaciones kirchneristas que se autodenominan juveniles (como “La Cámpora” o “El Evita”). A su vez, este proceso de recomposición se expresa en el espacio universitario con la reconversión de las agrupaciones autodenominadas “independientes” luego del 2001. Mientras que algunos espacios se disuelven, otros integran al kirchnerismo o, por último, conforman corrientes y movimientos con estructuras nacionales en la que sus militantes optan, en el inicio de la segunda década de este siglo, por el juego electoral *también* fuera de las universidades. La trayectoria de la agrupación estudiantil de izquierda “La Mella”, que retomamos en el siguiente capítulo, es posible de inscribirla en el tercer caso referido en este proceso.

Así, el calificativo “independiente” deja progresivamente de nombrar a un tipo de agrupación (o queda reducido a un número muy marginal de estas) para pasar a señalar a una clase de estudiantado.

Finalmente, vale señalar como un rasgo de estos años un proceso de reconfiguración de la discursividad política. Esta mutación no se debe sólo a que la frase “que se vayan todos”, popularizada en los acontecimientos de principio de siglo, haya quedado como un rasgo discursivo de aquella eclosión. Se debe a que, el escenario político quince años después es de una relativa polarización en las adhesiones y rechazos estructurados en torno a proyectos distintos. Si cierto lenguaje corriente lo ha tematizado de manera peyorativa como “la grieta”, nos proponemos recuperar en el próximo capítulo esta tensión desde otra lectura. En lo inmediato interesa marcar que esta reconfiguración discursiva ha operado también en el espacio universitario y en la mutación de las identidades políticas de las agrupaciones.

3. Política y vida cotidiana “más allá” del movimiento estudiantil

No obstante los procesos referidos anteriormente y su referencia al trabajo de campo, la aproximación a las formas de activismo estudiantil desde la experiencia universitaria busca, como fue dicho, tomar distancia

de la homologación de las figuras de estudiante y movimiento estudiantil. No se trata de desconocer la importancia de este actor sino de atender a la pluralidad de sentidos que lo político adquiere, mismo entre quienes no participan, o los que lo hacen de una manera episódica en las organizaciones estudiantiles. En otras palabras, la perspectiva de la experiencia universitaria busca complejizar e identificar matices, además de ciertas regularidades, sobre la relación entre estudiantes y política y esto, más allá de la expresión en formas organizadas.

El trabajo de Carli ya referido da cuenta del modo en que la militancia se convierte, en la experiencia universitaria de algunos estudiantes, en “el centro de la vida personal” que “determinó que las amistades se gestaran en torno a ámbitos y actividades políticas compartidas” (2012: 189). La autora refiere a cómo el activismo universitario opera en ciertos estudiantes en la organización de las rutinas cotidianas, las relaciones afectivas y la propia identidad; es decir: devenir militante de *tal* espacio o con *tal* ideología, una forma de identificación que en muchos casos no precede al paso por la universidad.

En estas trayectorias organizadas a partir del activismo se produce también una apropiación fuerte del espacio universitario. Allí la militancia se configura como un espacio privilegiado de aprendizaje de saberes “por fuera” o “en paralelo” de los académicos, combinación a veces conflictiva esta ya que en algunos casos confina el estudio a un lugar subordinado, algo que indican los relatos trabajados por la autora y que retomaremos en el capítulo siguiente a propósito de la conformación de las agendas de las agrupaciones. Para otros y otras, en cambio, el universo de la política resulta extraño, presente pero con relativa ajenidad en su paso por la universidad. Según el análisis que desarrolla Carli, para un conjunto de estudiantes el universo de la militancia “era portador de otra lógica, no de pares, sino mediada o regulada por la institución— partido; se percibió esta otra lógica como amenazadora de la libertad individual, lo que hizo imposible la amistad entre estudiantes rasos y militantes” (Ibídem: 192).

De estos pasajes del trabajo referido, en que se evoca distintas actitudes en relación al activismo estudiantil, interesa rescatar dos elementos que considero recurrentes en la reconstrucción de algunas de las “escenas militantes” que estructuran los capítulos siguientes. Me refiero a la relación del activismo estudiantil con las formas de apropiación del espacio y al lugar que tiene la sociabilidad estudiantil y la amistad en la militancia.

El uso del espacio se realiza mediante apropiaciones realizadas mayoritariamente por las agrupaciones, como la instalación de locales del centro de estudiantes, bares y centros de fotocopiado y venta de apuntes o mesas en el espacio común. Otra forma de apropiación del espacio es

mediante la realización de fiestas. Por ejemplo, una estudiante de Psicología narra una escena típica: “la decana manda mail que no hay ninguna fiesta, el centro de estudiantes manda mail que hay fiesta, que no hay autorización, que hay autorización”. En su mayoría las fiestas son organizadas por las agrupaciones estudiantiles, que mantienen una disputa con el Decanato debido a la falta de permiso para su realización, lo que deviene, sistemáticamente en la desautorización de las autoridades de la Facultad y en la realización del evento. “Yo tenía una amiga mía que trabajaba como becaria en el centro de apuntes, sabía de la fiesta y venimos. Cerraban las puertas por la cantidad de gente que no se podía, pero sonaban muy descontroladas, muy divertidas”. Esta disputa por el espacio es objeto de recelo entre militantes. “Hay una lucha con el tema de las fiestas, es una guerra. Con las fechas, porque la conducción del Centro dispone la Facultad como si fuera su casa, o sea ‘hoy te la doy a vos, si arreglamos otra cosa, no te la doy’”, según un entrevistado militante de una agrupación que no participa de la conducción del centro.

La *apropiación* del espacio –tomando el uso que Elsie Rockwell (2005) realiza de este concepto– refiere siempre a un proceso *conflictivo*⁵ (en este caso, por quién tiene la potestad de disponer del espacio), *relacional* (ya que vincula a estudiantes con autoridades; a militantes con no militantes), *múltiple* (ya que el espacio es apropiado para distintos fines: la instalación de mesas o carteleras de las agrupaciones, de espacios de estudio o reunión por parte de otros estudiantes, de vendedores que sitúan sus puestos en el espacio de la Facultad, entre otros) y *transformativo* (en la medida en que se propone hacer “otra cosa” respecto de los usos prefigurados). Esto resulta de interés para ubicar las dimensiones cotidianas de lo político en la vida universitaria, dimensiones que ubican al activismo como un espacio de producción de sociabilidad. La atención a un “lazo cálido”, cercano, a un a la necesidad de un vínculo más próximo, como trabajaremos en el capítulo siguiente, ha sido especialmente tenida en cuenta por las agrupaciones estudiantiles independientes que surgen o se consolidan en la primera década de este siglo. En otras palabras, la renovación de las agendas y las identidades de las agrupaciones estudiantiles se produce a la par y como efecto de nuevos entramados de sociabilidad y formas de habitar y de apropiarse del espacio.

Una aproximación a la experiencia estudiantil en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales durante los primeros años en la conducción del Centro por parte de una agrupación autodenominada por entonces “de

5. Se retoman, en bastardilla, las cuatro características que Rockwell menciona como sentidos presentes en el concepto de apropiación que retoma de Roger Chartier.

izquierda independiente” permite precisar este punto con mayor claridad. Las medidas implementadas desde la nueva conducción del centro de estudiantes tendieron a desenvolverse en un amplio espectro, desde el otorgamiento de becas para fotocopias y el sorteo anual de *lockers* para poder dejar objetos personales durante las horas de cursada o entre semanas, hasta la posibilidad de trabajo en los locales del Centro (fotocopiadoras y kioscos); se realizó también la apertura de espacios de cultura y expresión artística, y la edición de una revista del centro (*Maza crítica*). Con esas acciones, se destacaba como una acción central de su actividad el logro de la integración entre estudiantes. Para ello, por ejemplo, la conducción estudiantil organizó también festivales “para poder vernos las caras, charlar, compartir ideas, conocernos mejor” o avanzó en la creación de una biblioteca de literatura y un taller de teatro “como aportes a la socialización, para que la *Facu* no se reduzca simplemente a la cursada”, según su plataforma electoral de 2009. En este sentido, la agrupación ponía en igualdad de jerarquías cuestiones disímiles que si para las agrupaciones partidarias “eran instrumentos hacia otra cosa, para las agrupaciones independientes eran parte constitutiva de su cotidianidad politizada en la universidad” (Picotto y Vommaro, 2010: 155).

Para finalizar vale decir que la atención a las formas de apropiación del espacio que todas las agrupaciones realizan, aunque no siempre orientadas por la misma finalidad, el potencial de estos procesos en la conformación de lazos sociales, invitan a una aproximación a la militancia como un espacio que permite *poner en común* “mundos de experiencia distintos” (Carli, 2006). Es recuperando estos acontecimientos y rasgos del período desde el 2001 y el 2015, y en la clave analítica aquí presentada, que en los capítulos siguientes reconstruimos algunas escenas como modo de aproximarnos a las agendas, lenguajes e identidades políticas del activismo universitario.

CAPÍTULO II

Identidades, lenguajes y agendas dominantes de las agrupaciones estudiantiles

Frente a la Facultad de Ciencias Económicas, en una fotocopiadora de la calle Junín, podían adquirirse antes de las elecciones presidenciales de octubre de 1999 los materiales que iban dejando quienes integraban el autodenominado “Movimiento 501”. En su manifiesto fundacional este afirmaba: “el Código Electoral Nacional exime de la obligación de votar a quienes se encuentran a más de 500 km. de su domicilio. Nuestra apuesta política es precisamente esa: que el 24 de octubre nos encuentre en el km. 501, más allá del voto, que hoy se nos presenta como una imposición”. La crónica del diario porteño Clarín del 24 de octubre de 1999 describía como “anarquistas cibernéticos, mayoritariamente estudiantes universitarios que comenzaron a militar en listas llamadas independientes. Rebeldes ¿con causa? Ellos se autodenominan colectivo 501. Y organizaron para hoy un viaje en tren, con la intención de estar fuera de la Capital Federal y no votar”. Aquellas elecciones llevaron a la presidencia a Fernando de la Rúa, mandato que terminó dos años más tarde con una crisis política, social y económica que dejó huella en más de una generación.

Entre otros planos, la crisis de 2001 repercutió en el ámbito universitario y produjo cambios en el activismo estudiantil. El auge de las agrupaciones independientes, que renovaron las conducciones de los centros de estudiantes desde entonces, fue parte de un emergente epocal que se había gestado tiempo antes. La puesta en crisis de formas tradicionales de participación y de expresión de lo político fue acompañada por el surgimiento de agendas, lenguajes e identidades políticas renovadas en el escenario universitario, que habían sido prefiguradas con anterioridad. El manifiesto del 501 expresaba: “entendemos que la política no tiene por qué ser solemne y ajena a nuestra vida cotidiana. Más bien se trata de poner colectivamente en movimiento nuestro pensamiento junto con nues-

tras pasiones, afectos y deseos. Y es con ese fin que queremos invitarlos a sumarse a este proyecto”.

Si los años noventa ya daban cuenta de la emergencia de las llamadas agrupaciones estudiantiles independientes, en los inicios de este siglo algunas de ellas van a ocupar un espacio importante en la renovación de la vida política universitaria. La finalización anticipada del gobierno de la Alianza tiene su expresión también en las universidades públicas, y en especial en la UBA, en donde el brazo universitario del radicalismo, “la Franja”, comienza a ser desplazado de la conducción de los centros de estudiantes y de la federación estudiantil porteña (FUBA). Este proceso no se replicó con la misma intensidad en las universidades nacionales de otras localidades argentinas, lo que le permite a este espacio político estudiantil conducir ininterrumpidamente la Federación Universitaria Argentina (FUA) desde el retorno democrático en 1983 hasta hoy. A partir de aquellos acontecimientos fueron emergiendo nuevas expresiones de izquierdas, ganaron espacio las partidarias y, posteriormente, surgieron agrupaciones kirchneristas, las cuales se nutrieron, en parte, de estudiantes provenientes de las “independientes”. Todas estas expresiones forjaron o redefinieron sus identidades a partir de inscribirse en distintas narrativas (latinoamericanista, clasista, reformista, nacional y popular, entre otras), que les permitieron tanto señalar sus pertenencias, reivindicaciones y adhesiones como así también jugar el juego de la diferenciación propio de la disputa política.

La crisis de entonces se fue manifestando en la UBA con más fuerza en los años siguientes, en acontecimientos como la toma del Rectorado (2002) en reclamo de condiciones edilicias para Ciencias Sociales (el “edificio único” que terminara con la división en tres sedes) o la de la Dirección de la Carrera de Sociología (2002) cuando se pidió la revisión de los modos de elección de las autoridades. Signo de la larga crisis de la UBA fue también la dificultad para llevar a cabo la elección del nuevo rector (2006), que dejó en virtual acefalia a esta casa de estudios durante meses. Estos, entre otros acontecimientos, pusieron en evidencia el cuestionamiento de los sistemas de participación y gobierno de la universidad. Al mismo tiempo, a otro nivel se iban produciendo cambios menos visibles a gran escala pero que transformaron hasta el presente algunas prácticas, lenguajes y agendas del activismo estudiantil sobre el que este capítulo se detiene.

1. Independientes, partidarias y la representación vacante pos 2001

“La Mella, el nombre, salió porque queríamos ponerle un nombre que referenciara a lo universitario o a lo estudiantil, pero desde una perspectiva de lo universitario ligado a un cambio social más profundo”, recuerda cuatro años después de su fundación un militante que presidió el Centro de Estudiantes de Ciencias Exactas y Naturales (UBA), en relación con los inicios de la corriente universitaria Julio Antonio Mella. Es el año 2006 y un grupo de estudiantes provenientes de experiencias de militancia anteriores deciden conformar este espacio en la universidad. Si bien inicialmente tuvo expresión en pocas facultades porteñas, “La Mella” progresivamente traspasará las fronteras de la UBA para transformarse en una corriente universitaria nacional enrolada en el Movimiento Popular Patria Grande. Además, desde el 2010 forma parte de la conducción de la FUBA. El entrevistado argumenta: “Mella fue un cubano que fue dirigente de la Federación Universitaria de Cuba, que fue fundador del Partido Comunista de Cuba, que fue expulsado por la dictadura cubana, que fue asesinado por la dictadura cubana justamente porque fue fundador de la Universidad Popular José Martí”, respecto de los rasgos que la figura de Mella reúne para denominar el por entonces naciente espacio.

Este relato, que envuelve la búsqueda de denominaciones, acontecimientos históricos y personalidades para caracterizar a la agrupación, da cuenta del despliegue de referencias que van configurando las identidades de los espacios políticos que tienen presencia en la universidad. Uso acá “identidad” en el sentido de Stuart Hall, como aquellas “cuestiones referidas al uso de los recursos de la historia, la lengua y la cultura en el proceso de devenir y no de ser; no «quiénes somos» o «de dónde venimos» sino en qué podríamos convertirnos” (2003: 17) en la medida en que constituye una noción útil para indicar las fronteras que las agrupaciones buscan trazar para identificarse en el período de renovación que se produce luego de 2001. Para este autor, las identidades son discursos a los que los sujetos “se suman”, adhieren, porque se identifican en él —nunca de manera plena, sino temporaria, precaria, incompleta— y en este mismo movimiento se diferencian de quienes no lo hacen. “A la vez Mella era un personaje poco conocido, incluso dentro del propio ámbito de la militancia, por lo menos universitaria. Y era cubano, que también era una de las cosas que nos interesaba, dentro del marco de la izquierda, era poder rescatar la experiencia de Cuba como algo diferente, una sociedad diferente que se puede hacer, que se puede construir, y bueno, sintetizaba todo eso”, continúa el entrevistado. La denominación se decidió por votación,

luego de numerosas reuniones. “Finalmente fue el nombre que pegó, se aceptó y estuvo todo más que bien, pero la idea de los que propusieron ese nombre viene de ahí, de tratar de sintetizar esas cosas”, finaliza su relato.

La referencia a los nombres propios que empiezan a hacerse presente en diferentes momentos en el espacio universitario (“la Mella”, “la Cámpora”, “el Evita”⁶, “la Vallese”, “la Fidel”) se combinó con otros surgidos entre los años noventa y el principio de este siglo que, como aquello nominado por primera vez, difícilmente pueda ser ubicado en una tradición o una genealogía específica, como “TNT” en Económicas, “NBI” en Derecho, “AEI” en Exactas, “FANA” en Agronomía o “MLI” en Ingeniería, entre otras. Como señala una entrevistada de Exactas que conoció a militantes de la agrupación “SME”, una de las que participó en la co-conducción de la refundación de la FUBA: “SME no significaba nada, jodían mucho con el nombre, que quería decir ‘salame’, un montón de cosas, pero no quería decir nada. Muy de agrupación independiente, básicamente”. La lejanía con una tradición definida en la cual filiarse, parece expresarse en esos nombres sin origen, ni referencias claras o ligazones explícitas, que buscaron articular una renovación no sólo de nominaciones sino también de los contenidos y estrategias de intervención en el espacio de la universidad.

A tal punto las formas de identificación de las agrupaciones son signo de los movimientos, las mutaciones y las emergencias de nuevas formas de representación que luego del 2001 la Franja Morada varió su presentación pública en varias facultades. Esta no sólo redujo drásticamente su presencia en las conducciones estudiantiles sino que quienes militaban en el radicalismo universitario van a comenzar a identificarse como “Nuevo Espacio” (así lo hacen en Ciencias Económicas, Ciencias Médicas, Exactas y Naturales), “EDI-Estudiantes Democráticos Independientes” (Psicología) o “Alternativa Académica” (Sociales), entre otros y cambiantes sellos. En Derecho, bastión importante, conserva la denominación Franja Morada y, aún con otros nombres, la histórica “Lista 3” radical- suele identificar a estos espacios en las facultades, guiño decodificable para un tipo de votante fiel.

6. En una línea interpretativa similar en cuanto al carácter discursivo, “ficcional”, de las identidades políticas, Vommaro profundiza la pregunta acerca de la elección de nombres de las agrupaciones kirchneristas, “y la manera en que se construye una lectura acerca del peronismo” y que “condensan sentidos heterogéneos y recuperan figuras de diferentes momentos que recorren *el primer peronismo, la resistencia y el peronismo del siglo XXI*, saltando los años menemistas (1989-1999), que no son reconocidos en esta genealogía militante” (2015: 42)

Como dijimos, la emergencia, expansión y diversificación de agrupaciones estudiantiles de izquierda trajo consigo la búsqueda de nuevos modos de intervenir en el espacio de las facultades y de interpelar a la comunidad estudiantil. Dicho de otro modo, la identidad de estos espacios se forjó en un devenir propiciado por un juego constante de diferenciaciones y de la instauración de nuevas prácticas para interpelar al estudiantado. Una entrevistada de que estudió Física en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales recuerda algunas de estas prácticas. “Hacíamos calendarios con cosas de exámenes y a su vez de política, como todo el tiempo estar pensando maneras de cómo llamar la atención de modo divertido y alternativas a los modos de la izquierda tradicional. Que no sean carteles tipo ‘No a la CONEAU’⁷ o ‘Fuera yanquis de Irak.’ Como algo más conectado”.

“Conectado”, retomando sus palabras, nombra esa voluntad de crear, potenciar e instalar una forma de interpelación que tomara en cuenta la especificidad del espacio universitario y que busca que aquel estudiantado no movilizado se identifique. “Interpelación” e “identificación” nombran las polaridades que articulan el vínculo inestable entre las agrupaciones estudiantiles y los y las estudiantes. La convocatoria implica una “operación de significación” mediante la cual se propone un modelo de identificación a quienes se pretende invitar a constituirse en sujetos de ese discurso (Buenfil Burgos, 1994). Implícito en su relato, la comparación con las agrupaciones partidarias que la frase pronunciada por la estudiante “más (conectado)” sugiere, pone el acento en una diferencia entre la politización y la partidización de la universidad: la universidad se encontraría partidizada pero no así politizada. En otras palabras, habría una menor apropiación crítica, transformadora, reflexiva, del propio espacio universitario, en sus rasgos más específicos, como el conocimiento que allí se transmite y produce.

Junto con la renovación de las agendas, la dimensión estética, la atención al lenguaje, la creencia en que allí radica una “invitación” que no se reduce a contenidos, cobra importancia con posterioridad al 2001. “Entonces por ejemplo nuestra cartelera tenía más dibujitos, y tratábamos de diferenciar eso, con más contenido. Pensábamos que era interesante, que había mucha gente interesada en tratar los problemas específicos de la facultad, y no en el imperialismo yanqui. Que me parece muy bien, sin desmerecerlo, pero capaz que para alguien que no está muy copado con eso está bueno arrancar por algo más tierra, más concreto, que se pudie-

7. Por la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria, creada en 1995 para la evaluación y acreditación de las carreras universitarias y fuertemente resistida por el movimiento estudiantil, entre otros actores universitarios.

ra hacer en la facultad, que se pudiera hacer algo más concreto. Como encararlo más desde ahí”.

Inicialmente, la disputa entre las organizaciones estudiantiles se desarrolló alrededor de las autodenominadas “independientes” y de estudiantes “no agrupados” (por ejemplo, en las elecciones estudiantiles de 2009, la agrupación “La Mella” se identificaba como “La Mella + no agrupados. La izquierda independiente”) y aquellas partidarias. El calificativo “independiente” vino a diferenciar, sintetizado en palabras de una estudiante de Exactas que no milita, “dos líneas grandes, que son las que están asociadas a un partido y las que no”. Pero el significado de independiente a menudo se encuentra en disputa y va a ser reclamado por distintas agrupaciones (incluso su significado va a desplazarse conforme avanza la década, como trabajaremos más adelante). Inicialmente, “independiente” refiere al vínculo alejado de los partidos tradicionales y de las gestiones y gobiernos de distintas escalas: independientes de “los partidos, en particular de los partidos de izquierda”, “de la gestión [de la Facultad] y del gobierno [nacional]”, “algo que sea de izquierda pero que sea distinto a esto, que no sea un Partido”). Al mismo tiempo, va a ser utilizado por las nuevas izquierdas universitarias para diferenciar prácticas de militancia, entre aquellas instituidas y las emergentes: las independientes se orientan a “no tratar de copar espacios”, “no concebirse a sí mismos como la vanguardia”, diferenciarse de las prácticas en que “todo es una disputa de poder”).

Aquellas agrupaciones que se autodenominaron independientes ganaron espacio en la vida universitaria, entre otras formas, enfatizando la función persuasiva de su discurso, buscando acaparar, seducir, a un estudiantado que identificaban no como adherente o adversario sino “disponible” en su representación. Como en el testimonio de la estudiante referido anteriormente, las modalidades de interpelación comienzan a ser una preocupación estructurante de las prácticas y sentidos en torno a la política, y esa búsqueda implicó la definición de nuevos contenidos a atender por parte de la militancia estudiantil. “Lo que queríamos era justamente trabajar con esa gente que está en la facu pero no se interesa por las cosas. Después cuando estás del otro lado pensás qué ridículo. Pero cuando estás militando te parece lo más interesante del mundo y que todo el mundo debería estar interesado. ‘¿Cómo no les va a interesar?’”

Tanto la crisis de representación, es decir, la ausencia de identidades colectivas que logran la identificación de un conjunto de la comunidad universitaria, como la crítica a la falta de participación “real” son dos de los pilares que buscaron articular las nuevas agrupaciones estudiantiles con posterioridad al 2001. En otras palabras, “hablar distinto”, buscando una mayor simetría entre quienes militan y quienes no, y “trabajar nuevos

temas”, más cercanos a la cotidianidad universitaria, van a ser las marcas principales de esta renovación que se extendió hasta la primera década de este siglo. “La idea era como abrir, que hubiera más gente que le interesara participar. En el proyecto que sea, lo que tuviera ganas de hacer. Y como esta historia de construir en grupo”, cierra su relato la estudiante de Física entrevistada.

La introducción de nuevas modalidades expresivas buscaba desnaturalizar las particularidades que estructuran la política estudiantil, expresión que fue acompañada de una renovación de las agendas. De ahí que hubo, por un lado, una búsqueda por reconocer la cotidianidad como terreno de intervención. Por otro, una mayor atención hacia las formas de comunicación, desde el estilo verbal o los materiales impresos a la incorporación de la *performance* como forma emergente de expresividad proveniente de los denominados “nuevos movimientos sociales” que buscó cuestionar las prácticas y símbolos que estructuran la vida comunitaria (Vich, 2004). A este proceso es que referimos como una cualidad que presentaron las agrupaciones independientes y que se refiere a continuación como la búsqueda de una política *situada*.

2. El desafío de interpelar desde la especificidad universitaria

Una particularidad de las agrupaciones denominadas independientes se vinculó con la búsqueda de prácticas innovadoras de la política en la universidad. La cuestión de la interpelación, en el escenario posterior al año 2001, se presentó como una preocupación central en varias agrupaciones, referida en las entrevistas a las formas de “dar un efecto”, “llamar la atención” o “convocar” al conjunto del estudiantado. Un estudiante que forma parte de una agrupación partidaria en la Facultad de Psicología describe este escenario, en términos compartidos por otras agrupaciones, del siguiente modo: “post 2001 Psico fue una facultad como el resto, con pasillos llenos en las asambleas. Y después se fueron vaciando a medida que pasaron los años”. Por ello, luego del fulgor de los acontecimientos de aquel 19 y 20 de diciembre, y con el proceso de reconfiguración político que comenzó a producirse con la asunción de Néstor Kirchner al gobierno en 2003, “convocar” comenzó a ser un problema prioritario de las agrupaciones independientes. Empezaron entonces el despliegue de una serie de prácticas tendientes a lograr la identificación de los y las estudiantes, y no se trataba sólo de la participación a una convocatoria específica sino de lograr formas de adhesión más permanentes.

Por entonces, esta búsqueda se planteaba en un escenario particular debido a la escisión relativa entre las agrupaciones políticas estudiantiles y la participación de estudiantes en este tipo de organizaciones (Krotsch, 2014). Por caso, entre las razones identificadas entre estudiantes de la facultad de Psicología, para dar cuenta de ese hiato entre las agrupaciones y el estudiantado no militante –las dificultades para “llegar” (modos coloquial de quienes militan para aludir a la interpelación)– se encuentra cierta incompatibilidad entre el registro académico y el estilo de intervención propio de la discursividad política. En este punto, una tensión entre distintos “juegos de lenguaje” parece operar, algo que es identificado tanto desde las agrupaciones como por quienes no participan de estas. Mientras que una militante afirma “Yo creo que un poco hay una cosa muy intelectualoide [en el estudiantado]”, un estudiante sin participación en ningún espacio político manifiesta su rechazo en “la forma que tienen [las agrupaciones] de interrumpir en una clase psicoanalítica con ese discurso”.

Por ello vale enfatizar que el lenguaje se tornó una preocupación central de las agrupaciones independientes. Durante una entrevista, el ex presidente del CECEN anteriormente mencionado, sostenía que “el tema de la participación es uno de los temas a los que más fuerte apuntamos como grupo”, en referencia a La Mella, “ya que vemos que es muy bajo en relación a lo que debería ser y tratamos de buscar los mecanismos para revertir eso, para que la gente participe más, participe cotidianamente”. En este sentido, la posibilidad de “poder discutir con otra persona”, como menciona un militante que integra la conducción del mismo centro, lograr ese vínculo entre las agrupaciones y el conjunto de los estudiantes, es central. Para ello, plantearon una simetría en la interacción, de “hacerlo desde un lugar de igualdad, en el sentido de no creer que yo tengo la razón y ‘entonces yo te voy a explicar’”, en palabras de un entrevistado.

Más que dar una orden (“votá”, “participá”, “exigí”) en su forma prescriptiva y modalidad didáctica que implica enunciar desde un lugar de saber, la estrategia de apelación de la conducción del Centro se dirigió a entablar una simetría con los y las estudiantes, a sostener un discurso con un fuerte contenido programático destinado al hecho de *poder hacer* (Verón, 1987). Estos contenidos se orientaron, no de un modo excluyente pero sí privilegiado, a intervenir en el terreno de la vida diaria de la institución: como sostenía la plataforma de 2009 de la agrupación, se buscaba “una política basada en la práctica cotidiana y la reflexión”.

Las independientes se enfocaron entonces en la búsqueda de modos diferentes de interlocución con la comunidad estudiantil, como la apelación a cierta familiaridad en la utilización de términos coloquiales (“el Centro es el lugar de voz y decisión de los estudiantes de la *Facu*”, “que no

te la cuenten”), la explicitación del sentido de las elecciones estudiantiles (“democracia para nosotros es mucho más que sólo intentar ganar tu voto durante una semana”), las definiciones del Centro que buscan desmarcarse de distintas tradiciones políticas (“un centro de estudiantes no debe servir exclusivamente para hacer reclamos ni como ‘un conjunto de gente que da servicios a un precio copado’”) o los cuidados lingüísticos en torno al género de quien se señala como sujeto o referente de la enunciación (“que todos y todas podamos expresarnos”, “Qué psicólogos queremos que forme la Facultad”). En definitiva, los distintos lenguajes y recursos de las agrupaciones ponían en evidencia la dispersión en cuanto al sujeto destinatario de esos mensajes, dispersión que aparece tensionada entre los modos tradicionales e innovadores de la discursividad política.

Este lenguaje adaptado a los nuevos tiempos, en el que por caso, la atención a los géneros despunta como rasgo epocal de un destinatario pluralizado, convivió –y convive en la actualidad– con referencias tradicionales del discurso político universitario. Esto se plasma en un repertorio común de términos tales como “Fuera”, “Sumate” y el reiterado “Basta” (“basta de pasantías basura”, “basta de cátedras gemelas”, “basta de concursos truchos”), enunciados todo estos estructurados con firmeza en torno a su dimensión polémica, mediante la marcación de un oponente claramente identificado (la gestión del Centro, de la Facultad, el Gobierno nacional u otro).

Este lenguaje es uno de los principales motivos de crítica por parte de quienes no militan. Y esto debido no a un preciosismo estético sino a que parece haber cierta concomitancia entre lenguaje y causas militantes, como si la lejanía que expresa el discurso creara o potenciara la distancia con las causas que convoca: “siempre la ‘lucha’: ‘lucha contra el gobierno’, con los piqueteros, un poco lo de la fábrica [Kraft]-Terrabusi, cuando vino Bush era porque viene Bush, ‘contra Macri’, ‘contra Cristina’”, “voté a unos que no dicen ‘vamos a luchar, porque esta decana es igual a esta, y el que viene es igual’”, “como el [Hospital] Garrahan estaba en lucha estamos todos en lucha”.

Frente a este lenguaje tradicional en sus referencias y apelativos (“pueblo pobre y trabajador”, “las camarillas”, “los compañeros”), las agrupaciones independientes, en términos de un entrevistado de Biología, “salen del molde de usar las palabras que siempre se usan en política. Qué se yo, ‘democratización’, ‘construcción’, ya están un muy trilladas”. Una estudiante de Exactas sintetizaba, en referencia a quienes integran el Centro de Estudiantes de su Facultad, los cambios que contrastan con las anteriores conducciones: “sobre todo en el discurso, entre esos chicos [de las agrupaciones partidarias] y los que están en el Centro, que

son todos independientes. Hay una manera distinta de acercarse a la gente”.

Esta “forma distinta” de acercarse implica centrarse en aquello que Eliseo Verón (1987) definió para el discurso político como la figura del *paradestinatario*, aquel a quien hay que persuadir, seducir. Junto a esta, según Verón, las otras dos figuras que participan del discurso político son el *prodestinatario* –o destinatario positivo–, el adherente del mensaje, aquél que participa de las ideas, valores, proyectos y acciones, y del *adversario*. Se corresponden con tres funciones distintas que cumple el discurso político respecto de las creencias de aquellos a quienes va destinado: una función polémica o de refuerzo, respectivamente, o de persuasión en el caso del *paradestinatario*. En efecto, el discurso de las “independientes”, antes que polemizar o producir una distancia, buscó intervenir sobre aquel estudiantado disponible en su representación, ni adherente ni adversario. Como se referirá al final del capítulo, esta forma de interpelación fue modificándose conforme avanzó la década y hasta el 2015 en el que la discursividad política pareció estructurarse en torno a las figuras del “adversario vs. adherente”, y que el lenguaje mediático ha dado en llamar “la grieta”. O que, con Chantal Mouffe (2007), podemos señalar como la relación nosotros/ellos, conflictiva, sin “solución racional” posible, pero necesaria para la confrontación legítima del espacio político democrático.

Además de un renovado lenguaje, las agrupaciones independientes incluyeron entre sus causas militantes desde su auge pos 2001 las particularidades del escenario universitario cotidiano (sin por ello restringir sus acciones a este). Como señalaron Picotto y Vommaro en un trabajo focalizado en las experiencias surgidas a fines de los años ochenta y principios de los 90 en la UBA (pero que permite pensar las continuidades en la conformación de estos espacios),

los grupos de estudiantes independientes comienzan a pensar formas “situadas” de lo político, es decir, prácticas, enunciados, proyectos, formas de vínculos que emergen nítidamente de su propia condición de estudiantes universitarios, que se vinculan sólidamente con la lógica del territorio concreto que transitan. En ese sentido, las agrupaciones independientes fueron un gran espacio de experimentación, un espacio creativo desde el cual repensar la propia potencia de lo político (2010: 154)

En este escenario, las organizaciones estudiantiles han desarrollado diferentes estrategias tendientes a convocar al estudiantado no militante y que es posible, analíticamente, agrupar en tres grandes modalidades, trabajadas con mayor detalle en trabajos anteriores (Blanco, 2014b; Blanco 2014d). Una primera consiste en tematizar temas de coyuntura de la rea-

lidad nacional, en tanto temas socialmente relevantes que la universidad, como parte de la sociedad, debe abordar. Una segunda modalidad de interpelación de las agrupaciones se relaciona con tematizar cuestiones de la vida cotidiana de la comunidad estudiantil, especialmente en torno a las condiciones de cursada. La tercera estrategia, por último, se dirige a interpelear a partir de temas propios de la formación o eminentemente académicos.

Tanto aquellas modalidades orientadas a tematizar el vínculo con el conocimiento y la formación, como aquellas centradas en la vida cotidiana se relacionan con la búsqueda de formas situadas de convocar, es decir, procurando atender a problemas presentes en el día-a-día de los y las estudiantes. “Venimos laburando sobre todo en relación a la salud mental con la cuestión de la desmanicomialización”, comenta, en 2008, una estudiante que milita en una pequeña agrupación independiente de por entonces reciente creación en Psicología. En la pluralidad de agrupaciones y espacios que conforman la política estudiantil, los temas que las agrupaciones “laburan” —jerga que indica la especificidad de un espacio y la centralidad de su agenda— opera como criterios de diferenciación en la disputa electoral y en las formas de construir adhesión e invitar a la participación del estudiantado más allá de las contiendas electorales. Junto a un pequeño grupo, poco tiempo antes de la entrevista conforman “El Estallido”, una agrupación que en la coyuntura de entonces se presenta a elecciones aliada con La Mella.

En el relato de esta estudiante la centralidad de la desmanicomialización surge por varias razones: una crítica al conocimiento transmitido en la institución (“aparece esta cuestión del dispositivo manicomial como algo inamovible, como algo incuestionable y toda la trasmisión pasa por ahí, dando por sentado ese dispositivo”), una preocupación por las políticas impulsadas en la Ciudad de Buenos Aires durante el primer gobierno porteño de Mauricio Macri (2007-2011) de reforma de los hospitales monovalentes de salud mental (“por ciertos avances en relación a la política macrista que se dan acá en la Ciudad con los hospitales Borda y Moyano”), pero un rasgo aparece con énfasis en este y otros testimonios: los temas académicos constituyen una preocupación menos presentes en las agrupaciones estudiantiles, más allá de la enunciación —a veces algo general, como referiremos más adelante— de la necesidad de reforma de los planes de estudio o la renovación de tradiciones teóricas. En palabras de esta estudiante, “las agrupaciones luchan por fuera de lo académico, digamos de lo curricular, no hay una lucha en relación con las cuestiones que tienen que ver más con lo que se estudia”.

No obstante el despliegue de estrategias situadas y la renovación en las formas de interpelación, los y las estudiantes que no participan de las

agrupaciones reconocen también la distancia con estos espacios. Esta distancia se expresa tanto en el uso del recurso de la ironía en el habla (“[algunos estudiantes] están politizados pero no es que tienen un público que los está esperando”) como así también en las dudas respecto de la pertinencia de muchos de los temas habituales que las agrupaciones ponen en común con el estudiantado en las “pasadas” informativas por los cursos, en las carteleras, los volantes o mediante otros modos de difusión (“siempre vienen a avisar que va a haber tal marcha, tal reunión, vamos a cortar tal cosa, o tal hospital, o el Moyano”, “yo creo que está bien que en la UBA, en la Facultad, se piense más en cuestiones a nivel nacional, pero también en el plano de la Facultad”).

En efecto, las agrupaciones autodenominadas independientes, prestaron especial atención “a un mejoramiento de la calidad académica” —como sostienen Cortés y Kandel en un trabajo sobre este tipo de espacios; en estas “prevalce una forma de entender la participación que se encuentra vinculada con la pertinencia del saber que se produce en la universidad y su relación con los problemas sociales de la comunidad” (2002: 28). No obstante, es posible afirmar que más de una década después de su auge —y pese a esta relativa intensificación *por mor* de las agrupaciones independientes— este tipo de agendas siguen teniendo una menor densidad en relación con las reivindicaciones gremiales, edilicias y los temas de la agenda nacional. En otras palabras, si bien ha habido una ampliación de demandas pos 2001, no han dejado de estar en un segundo lugar aquellos temas o problemas que refieren a los saberes y la dimensión del conocimiento y que otorgan una relativa especificidad a la vida universitaria.

3. Agendas dominantes y la centralidad de lo gremial

Entre los balances de lo realizado, las propuestas a futuro y las demandas señaladas por distintas agrupaciones en las elecciones de 2015 es posible identificar el mayor peso relativo que la agenda acerca de las condiciones de cursada (edilicias, académicas y económicas) tiene en las agrupaciones. Esta se acentúa en las facultades de ciencias sociales y humanidades (Filosofía y Letras, Psicología y Ciencias Sociales) en las que las actividades se realizan desde hace décadas no sólo en más de una sede —lo que da lugar a los reclamos por los edificios únicos— sino también que sus edificaciones atraviesan largos períodos de refacciones o mudanzas. A su vez, esta dominancia temática se debe a la caracterización que las agrupaciones hacen del centro de estudiantes, para quienes este es, centralmente, una herramienta gremial. De allí que tiene por objeto ser el espacio “para reclamar por nuestros derechos y garantizar nues-

tra formación inclusiva y de calidad”, (“Seamos Libres”, Psicología), “de organización y representación gremial (...) lo que implica la protección de nuestros derechos e intereses” (Movimiento Linealmente Independiente, Ingeniería), “de lucha para conseguir todas nuestras conquistas” (La Izquierda al Frente, Sociales), o “que nos permita luchar todos los días por la universidad popular, feminista y latinoamericana, al servicio de las grandes mayorías” (La Mella, Filosofía y Letras).

Desde esta concepción del espacio institucional de representación estudiantil, las agrupaciones con sus particularidades y tradiciones, coinciden en sus agendas en el reclamo por las condiciones de cursada (como el estado de las salidas de emergencia o los ascensores, la mejora en las instalaciones eléctricas y de agua, la instalación de bicicleteros, la presencia de personal médico en la Facultad, la gratuidad de los trámites, el pedido de comedores universitarios o jardines maternos, la digitalización de la bibliografía, la ampliación de la oferta horaria de materias, el equipamiento tecnológico), en la movilización por becas (de apuntes, de viajes de estudios y jornadas), en la solidaridad con otros gremios como, los docentes (en el pedido de “salario para los docentes ad honorem”, aunque con fuertes disputas en torno a la validez de los concursos como modalidad de regularización de los cargos) o los no docentes, incluidos en los pedidos de cambios en las formas de representación institucional. En efecto, “democratización” atraviesa el discurso de las agrupaciones estudiantiles, señalando la desigual participación de los claustros en los consejos directivos de las facultades.

Si fuera posible precisar un aporte de la renovación de las agendas que se produce en las agrupaciones luego de 2001, tal como referimos anteriormente, tal vez uno de los puntos centrales sea la relativa revigoriación –con matices según las tradiciones disciplinares y las cultas institucionales de cada facultad– del debate académico. La campaña “Algo huele mal en la UBA” destinada a informar sobre las múltiples denuncias contra autoridades de esta casa de estudios realizada en 2015⁸ destaca la necesidad de “revalorizar nuestra universidad, cuidar el prestigio de la excelencia académica, y aprovechar al máximo su potencial”, para hilar luego tanto la dimensión gremial como la académica: “queremos una uni-

8. El 17 de marzo de 2015 renunció el Vice-rector, Darío Richarte, y un mes más tarde el decano de la Facultad de Ciencias Económicas, José Luis Giusti. En mayo de ese año la Procuraduría de Criminalidad Económica y Lavado de Activos (Procelac) impulsó una denuncia contra las autoridades de Derecho por la presunta comisión de los delitos de administración fraudulenta en perjuicio de la administración pública, peculado e incumplimiento de los deberes de funcionario público. Estos y otros acontecimientos fueron fuertemente retomados por las agrupaciones en las elecciones de ese mismo año.

versidad que genere las discusiones necesarias para abordar los temas que atienden a nuestra formación y al desarrollo nacional, desde los planes de estudio hasta el presupuesto”.

Pero la especificidad que “lo académico” adquiere en las agendas depende de las distintas culturas institucionales de cada facultad; es decir: la modulación de las agendas intervienen las dinámicas y códigos culturales, simbólicos e imaginarios propios de cada institución, como caracteriza Eduardo Remedi (2004). Así, por caso, en facultades con una fuerte tradición profesionalista (como Ingeniería o Psicología) o científica (como Exactas), la particularidad de su perfil permea las agendas de las agrupaciones. En Psicología, la adecuación de la currícula a la Ley Nacional de Salud Mental, la necesidad de una orientación con “enfoque comunitario, de promoción y prevención de la salud”, “de género y diversidad”, la “articulación interdisciplinaria en vez de enfoques hegemónicos”, en referencia a la preeminencia del psicoanálisis francés, la “revisión crítica de nuestra currícula, a partir de aportes de la psicología latinoamericana”, el impulso de prácticas institucionales con orientación clínica, y pasantías interdisciplinarias o la oferta de talleres y seminarios temáticos extracurriculares, aparecen como propuestas y debates sobre la formación. En Exactas, el acompañamiento de los estudiantes en los primeros años para evitar la deserción mediante tutorías, “clases más didácticas” como así también la discusión sobre los modelos formativos (“construyendo la ciencia popular”) y de transferencia del conocimiento producido (como la crítica a los convenios con empresas multinacionales) o las condiciones de trabajo en el sistema científico, atraviesan las retóricas de la mayoría de las agrupaciones.

A nivel más general y salvo excepciones, el funcionamiento de la editorial universitaria y las políticas de compra de bibliografía, la formación de posgrado o su articulación con el grado, e incluso, las formas de la enseñanza o la pedagogía universitaria, constituyen temas de relativa vacancia en las voces de las agrupaciones.

Un último tema a destacar de las agendas estudiantiles es la presencia, en las prácticas de las agrupaciones, de instancias de transferencia del conocimiento, de tareas de “extensión” o, en su lenguaje recurrente, de “trabajo en el territorio”. Aunque presente en la tradición reformista desde 1918, la vinculación universidad/ sociedad ha tomado nuevo impulso en estos años, a partir de distintos procesos, como los propósitos que movilizaron el surgimiento de nuevas universidades metropolitanas, muchas de ellas alejadas de la ciudad de Buenos Aires para incidir en las comunidades locales, la creación en 2006 del programa de “Voluntariado Universitario” a nivel nacional o del de “Extensión Universitaria UBANEX” en el ámbito

de la UBA en 2009. Si actualmente existen estas y otras formas institucionales, en las agrupaciones estudiantiles las experiencias de articulación conllevan un interés de más larga data. “Desde hace casi 10 años, desde la Secretaría de Medio Ambiente de la FUBA, la UJS lleva adelante una pasantía interdisciplinaria vinculando el conocimiento, la ciencia y la universidad con las necesidades populares”, explica un volante de 2015 de la Unión de Juventudes por el Socialismo-PO (que conducía ese año los centros de Filosofía y Letras, Farmacia, Psicología, Veterinarias y Sociales). Invitaba así a realizar una pasantía interdisciplinaria en Chaco y Formosa, “un viaje con la comunidad QOM, el Movimiento Campesino de Formosa y los trabajadores del interior. Una experiencia formativa junto a los explotados de nuestro país”. Convocaba a estudiantes a “vincularnos y colaborar activamente con su lucha”. En Ingeniería, desde el centro de estudiantes, a cargo de La Mella, se realiza el proyecto de vinculación con el taller “TrasCartón”, una cooperativa que trabaja a partir de cartón recuperado. Esta articulación tiene “el fin de enriquecer el potencial del proyecto, ya sea ayudando en los diseños, en el proceso de algún producto, en visibilizar y difundir el trabajo o simplemente dando una mano en la confección”.

Obviamos referir en este recorrido los pronunciamientos, las posiciones, los debates y los análisis que las agrupaciones realizan del escenario nacional y, según sus tradiciones, también el regional e internacional. Enfocados en las formas de problematización del espacio universitario, valer decir que las agendas centradas en las condiciones edilicias y de cursada parece dar cuenta, por un lado, de la premura por resolver aquello que, atendiendo a la dimensión material de la experiencia universitaria, se evidencia como precario o falta de inversión necesaria: los edificios, las condiciones de cursada. Pero por otro lado, tal vez sea posible plantear la dificultad del activismo estudiantil para construir mediaciones, más allá de enunciaciones generales, con la especificidad del espacio universitario: esto es, “con” o “a partir de” los saberes, las disciplinas, la investigación, la producción y transmisión de conocimiento, todos estos, pensados tanto como terrenos de intervención posibles como así también como lenguajes, prácticas, repertorios de acción disponibles para poner en juego por parte del activismo estudiantil.

4. Transformaciones entre 2001 y el 2015

Como marcamos en este capítulo, el año 2001 constituye un punto de inflexión en la historia reciente de Argentina pero también para el activismo estudiantil universitario en el ámbito de la UBA. Por caso, al año

siguiente, luego de dieciocho años de ser conducida por la Franja Morada, la conducción de la FUBA cambió de manos. De la dirección de la federación comienzan a participar las agrupaciones independientes, expresiones de izquierda no articuladas orgánicamente a partidos o corrientes de mayor escala que van a imprimirle por entonces nuevas improntas al activismo estudiantil. La conducción va a pasar a ser compartida, a partir de un acuerdo de alternancia, con las expresiones de izquierda partidaria (como el Partido Obrero o el Movimiento Socialista de los Trabajadores).

Una postal de aquel recambio fue la actividad “La Universidad Pública: refundarla o refundirla, esa es la cuestión”. Esta fue la consigna de las jornadas que en la Plaza Houssay de la ciudad de Buenos Aires (ubicada en plena zona universitaria, entre las facultades de Medicina, Económicas, Sociales, Odontología y Bioquímica) convocó a distintas actividades que integraron el programa “Mes por la Universidad Pública”. Al debate con especialistas sobre los temas de aquella coyuntura, o con las autoridades universitarias, se sumaba la convocatoria a actividades culturales; artistas, intelectuales y referentes del movimiento piquetero –actor clave de las manifestaciones que se sucedían por esos días– transitaron por la carpa montada en la plaza. “Nueva FUBA” fue la denominación que corrió por entonces para rebautizar a la federación, y que tuvo el propósito de enfatizar la renovación en algunas prácticas, estilos y agendas del activismo universitario.

Por entonces, en los centros de estudiantes, el desplazamiento de la Franja Morada que en algunos casos había comenzado el año anterior, se fue sucediendo vertiginosamente y distintas variantes de la izquierda pasaron a ser conducción. Algunas de ellas, con intermitencias, permanecen hasta el presente y configuran su narrativa a partir de aquel hito. Por caso, durante las elecciones del 2009, una revista impresa por la conducción del Centro de Estudiantes de Psicología (CEP) de cara a las elecciones, narra en una sección llamada “Un movimiento estudiantil (un pedacito de historia reciente)” el desplazamiento de la Franja en el año 2001: “Algunas agrupaciones no quisieron formar parte de esta lucha crucial, y prefirieron mirar para otro lado. Sin embargo, los que fuimos conscientes de la necesidad de terminar con un centro corrupto, copado por los mafiosos de la Franja Morada conformamos el EPA! Y fuimos a la pelea. El apoyo de los estudiantes fue masivo”.

En el comienzo del siglo, como marcamos, las agrupaciones de izquierda autodenominadas independientes lograron ocupar un espacio importante en los centros de estudiantes. Como fue mencionado, algunas de estas surgieron en el nuevo siglo, mientras que otras habían tenido origen en los años noventas. Como refiere el trabajo de Rodrigo Touza para

aquellas surgidas en el marco de las protestas contra la Ley de Educación Superior de 1995 “la independencia, la horizontalidad, el pluralismo, la democracia participativa, el antineoliberalismo, eran conceptos trabajados por este espacio en la aspiración de la superación de los esquemas tradicionales de construcción política”, aquellas que, según las independientes, “ahogan la participación política”, por lo su actitud fue la de rechazar “el vanguardismo de los partidos de izquierda” (2007: 268). Estos rasgos están presentes en las agrupaciones que surgen en este siglo; tal vez la mayor diferencia sea la agenda “defensiva” de las de los años noventa (en el que el arancelamiento era una posibilidad palpable) y la estrategia más propositiva de las posteriores. Por otra parte, el término de “independiente” e incluso la atención a “lo académico” había sido una de las banderas de las agrupaciones liberales y de centroderecha que emergieron con la posdictadura en los años ochentas –como la Unión para la Apertura Universitaria (UPAU)– para diferenciarse del radicalismo, el peronismo y el por entonces fuerte Partido Intransigente (Toer, 1988).

Vale decir entonces que, como toda otra identidad política, la de “independiente” es histórica y cambiante, y por ello conviene analizar los contornos identitarios de este tipo de agrupaciones, la forma que adquieren, y del fondo del que se recortan y adquieren su sentido. En aquellas que cobran protagonismo desde la primera década del presente siglo, el principal rasgo parece ser, por un lado, la necesidad de diferenciar entre los procesos de “politización” y los de “partidización”. Por otro, estas buscaron no depender de las mismas estrategias de relación entre el estudiantado movilizado, militante, y aquel que no lo estaba o no lo hacía de un modo permanente. Así, la independencia no vino a señalar la falta de pertenencia ideológica o programática –la autoadscripción a la izquierda fue clara en este punto– ni una idea vacua de gestión por fuera de la política sino, la intención de politizar las prácticas cotidianas para “desde ahí” lograr articulaciones con otras agendas.

Transcurridos quince años desde el 2001 es posible señalar un balance más complejo del lugar que hoy ocupan las independientes. En primer lugar, hoy el uso de “independiente” para referir a agrupaciones es un rasgo menos presente en el juego de diferenciaciones. Desde el comienzo de la segunda década de este siglo, “Independiente” ya no nombra habitualmente a un tipo de agrupación, no parece ser un atributo de distinción entre agrupaciones, sino que se orienta a señalar a una clase de estudiantado adherente pero no permanente: son los “no agrupados”, algo que es utilizado por las agrupaciones otrora independientes, hoy integradas a corrientes o partidos de alcance nacional (“La mella + No agrupados, en la Corriente Patria Grande”). Es utilizado del mismo modo por aquellas

partidarias, como en el caso de “UJS- Partido Obrero + Independientes”. Un folleto de la plataforma 2015 de este último espacio describe: “Somos una agrupación formada por estudiantes de la mayoría de las carreras de la Facultad, algunos de los cuales no pertenecen al ningún partido y otros militan también en el Partido Obrero”. En definitiva, interesa enfatizar que “independiente” ha pasado a calificar ya no a un tipo de agrupaciones sino a señalar a esa figura objeto de disputa entre las agrupaciones, aquel que puede ser adherente sin tener por ello una participación plena.

Esto se debe, en segundo lugar, a la reconfiguración de los espacios estudiantiles, al surgimiento de articulaciones de mayor escala (como corrientes y partidos nacionales) y al impacto de los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández en el juego político, que tuvo resonancias también en el ámbito universitario. En este sentido es posible distinguir hacia 2015, *grosso modo*, cinco espacios que nuclean las diferentes agrupaciones estudiantiles en las facultades: las izquierdas partidarias, muchas de ellas trotskistas, algunas de las cuales se articulan en torno al Frente de Izquierda y de los Trabajadores (FIT); la izquierda enrolada en la Corriente Universitaria La Mella- Movimiento Popular Patria Grande, que se reconoce como “izquierda popular”, antes “independiente”; el heterogéneo espectro de agrupaciones kirchneristas, algunas de filiación peronistas y “nacional y popular”, otras de corte latinoamericanista; las agrupaciones de tradición reformista, entre las que se encuentra las del Partido Socialista y la Franja Morada y sus expresiones actuales; y, por último, un archipiélago de agrupaciones que se autodenominan independientes, es decir, no articuladas a estructuras partidarias o corrientes universitarias, muchas de ellas expresiones locales de cada facultad y, en algunos casos, de las surgidas una década atrás. Este nuevo escenario se corresponde, como dijimos, con una nueva discursividad, fuertemente polémica, polarizada en las figuras de adherentes y adversarios que han marcado la singularidad de los dos últimos gobiernos kirchneristas (2007-2015).

Por último, las prácticas de intervención situadas, la búsqueda de lenguajes renovados, la pluralización de las agendas constituye también un elemento a tener en cuenta en un balance sobre la reconfiguración de las agrupaciones estudiantiles en estos años. Justamente, sobre este punto, y sobre el lugar que las agendas “de género” y de la diversidad sexual tienen en el activismo universitario hoy –y que tiempo atrás eran considerados temas “menores” o de la esfera “privada”– se detiene el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

Género y diversidad sexual como nuevas causas militantes

Distintos procesos de movilización y visibilización de sujetos y demandas en torno al género y la sexualidad irrumpieron con fuerza en los últimos años. Entre la sanción de la ley porteña de Unión Civil (2002) y la de Identidad de Género por el Parlamento Nacional (2012), no sólo otras normativas trazaron una politización de estos en el espacio público sino que también asistimos a una renovada discursividad. Esta se tramó en los distintos debates en torno a la búsqueda de reconocimiento de identidades y expresiones de género que trascienden el binomio mujer/varón, en la pluralización de formas de expresión de los géneros, en la exigencia al Estado de derechos civiles para los vínculos conyugales no heterosexuales, o en aquellos acerca de la posibilidad de decidir sobre el propio cuerpo (que atraviesa la cuestión del aborto, el trabajo sexual), entre otros.

El antropólogo Pablo Semán caracterizó estos debates, que se manifestaron en discusiones en los medios, en el parlamento, en la academia y en las conversaciones diarias e informales, como “un estado deliberativo acerca de lo que conocimos en otra época como las entidades inmutables del sexo y el género”. “En esa virtual asamblea”, dice Semán, “se cuestionan y comienzan a reconocerse como opresiones y malestares procesos y acontecimientos que otrora pasaban como si nada” (Semán, 2015). Este estado deliberativo tuvo su impacto, con lógicas propias, en el activismo universitario.

Género y sexualidad han pasado a conformar recientemente las agendas de las agrupaciones estudiantiles, instalando en el espacio universitario repertorios culturales en muchos casos novedosos –por no ser parte de la formación disciplinar– en la cotidianidad de las facultades. Así, distintas agrupaciones han incluido entre sus actividades y orientaciones políticas temas provenientes de los movimientos feministas (agrupaciones que “tra-

bajan la cuestión de género”, que tienen “una orientación desde el punto de vista de género, o una política, o un eje”, en palabras de estudiantes que participan en agrupaciones de Psicología) y de la diversidad sexual, principalmente, gays y lesbianas, y solo más recientemente demandas de los colectivos *trans*, en consignas como “Inclusión laboral trans ya”.

Los temas que conforman el repertorio de las agrupaciones se encuentran en relación con la agenda pública –en el sentido de un conjunto de temas que interesan y son discutidos en un vasto sector de la sociedad y sobre los que se ha instalado un estado de opinión (Martini y Gobi, 1998)–, como el aborto, la trata de mujeres o, en su momento, el denominado “matrimonio igualitario”. Pero también, como se trabajó en el capítulo anterior a propósito de la política situada, se despliegan otros enfocados en la cotidianidad estudiantil, como las condiciones de cursada de las estudiantes embarazadas o la discriminación por género u orientación sexual, o las situaciones de abuso y acoso en las facultades.

Interesa centrarse en este capítulo, con más detalle, en tres procesos distintos. En primer lugar, en la apropiación particular que las agrupaciones hacen de una “agenda de género” y “de la mujer”, atendiendo especialmente al caso de la Facultad de Psicología. En segundo lugar, el capítulo se centra en las formas cotidianas de politización de la diversidad sexual por parte de estudiantes, grupos y agrupaciones de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Para ello retomo una reflexión anterior que ha sido extensamente desarrollada en otros trabajos (Blanco 2014a; Blanco, 2014b; Blanco 2014c). Por último, para analizar el modo en que géneros y sexualidades se han ido incorporando al lenguaje de las agrupaciones nos detenemos brevemente en la forma particular en que la movilización “Ni una menos” realizada en Argentina el 3 de junio de 2015, impactó en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires.

1. Las agendas de “la mujer” y “de género”

En una tarde cualquiera de mediados de 2009 en la sede Independencia, la más poblada de la Facultad de Psicología y aludida en la escena que da inicio a este libro, podía leerse en distintos carteles pegados en las paredes la invitación a la “charla debate: crisis capitalista, trata y violencia hacia la mujer” organizada por la Presidencia del Centro de Estudiantes en el marco de la “Jornada contra la trata” e impulsada por la comisión de mujeres de la FUBA. Sobre el ícono de una mujer embarazada con un libro bajo el brazo, imagen de un volante pegado en diferentes espacios comunes de la Facultad, se ubicaba la frase “Dale el sí a la cursada para embarazadas de la Secretaría de Políticas de Género”. También era posi-

ble divisar un afiche impreso a colores que, sobre un pizarrón, anunciaba la “Campaña latinoamericana por el derecho al aborto legal, libre, seguro y gratuito”, firmado por la agrupación “Pan & Rosas”, o uno repetido nueve veces en el descanso de una escalera que conecta el patio central con el primer piso que invitaba: “28 de mayo. Día Internacional para la Salud Integral de la Mujer. Video-taller por el derecho al aborto. Hall de Independencia, 19:30hs”. En efecto, la apelación a las mujeres aparecía como un rasgo recurrente de las agrupaciones en la facultad, tal vez, como lugar de identificación posible, en esa búsqueda de las agrupaciones tanto por interpelar a la comunidad estudiantil como por diferenciarse entre sí.

Los temas que ingresan a la agenda de las agrupaciones estudiantiles tienen que ver con una decisión de estas sobre la conveniencia, interés o prioridad, en el marco de las dominancias referidas en el capítulo anterior: las condiciones de cursada y el centro de estudiantes como “herramienta gremial” y “de lucha”. Varios testimonio dan cuenta de cómo opera esta selectividad: “creo que se podría hablar más de género en la agrupación, pero no hay voluntad política”, “al final decidimos tomar este de la diversidad sexual, también porque el partido tiene una tarea pendiente ahí”. Respecto de incluir género, los motivos de esta decisión son variados y delimitamos a continuación algunos de los argumentos más comunes identificados: por cuestiones coyunturales que las agrupaciones retomaron (“es un tema que se discute a nivel nacional, desde distintos lugares y las agrupaciones toman”), como forma de dar continuidad a las tradiciones partidarias (“nosotros desde la década del 70 que tocamos el tema, cuando hay una gran parte de la izquierda que es abiertamente homofóbica. Hoy de hecho hay algunos que son homofóbicos, obviamente delegados del PC y del stalinismo”), como un emergente de la conflictividad política (“todo lo que es la disputa de la alimenticia Kraft-Terrabusi surge por una reivindicación de las mujeres trabajadoras de la fábrica, porque les querían sacar el jardín materno donde dejaban a sus hijos antes de ir a trabajar”), para diferenciarse de las demás agrupaciones (“empezamos a tomar todos los temas de género haciendo punto en el tema de la diversidad. Creemos que es una orientación que no agarran muchos”), o por la necesidad de *aggiornarse* y “trabajar” los temas que están en la agenda (“un compañero de Sociales vino para ver cómo estábamos tratando el tema de aborto, que nosotros no lo trabajábamos. Y vino y vimos algo de aborto”).

Como rasgo general, cierto pragmatismo (no exento de convicción pero que modula los modos de inclusión en las agendas) parece primar en la decisión. Una estudiante narra una charla realizada en el marco de unas jornadas de debate organizadas por la FUBA, en abril de 2010. En estas

se distribuyeron los temas según las facultades: “el espacio [que conduce la Federación] tiene una mesa chica donde se toman decisiones; ahí se definió en qué facultad qué cosa y con qué panelista”. En Psicología se llevó a cabo la charla “Mujer y géneros”. Una participante sintetiza el foco del encuentro: “Se habló del tema del aborto, de las diferentes sexualidades, porque encima estaba todo el manto previo de la ley [de Matrimonio Igualitario] que se agarró también por eso. Y el concepto de familia y de matrimonio”. Y agrega: “aunque no tengo una lectura de género tan amplia, los temas de género en esos espacios son una problemática de las mujeres. El aborto, la prostitución, las mujeres golpeadas, violencia doméstica”.

Esta inclusión de temas relativos a géneros y sexualidades en las formas de intervención de la política estudiantil se encuentra en tensión con las prioridades que sectores de izquierda le han otorgado a estas cuestiones. Sin ir más lejos, hasta hace no mucho tiempo podían ser consideradas como “secundarias, divisorias o pequeño burguesas” (Pecheny y De la Dehesa, 2010: 24) y aún en el presente algunos de estos sentidos perduran. Entre las agrupaciones, y en el interior mismo de los espacios estudiantiles, sigue operando esta jerarquización entre temas “prioritarios” y aquellos “secundarios”: “las cuestiones de género no se discuten: ‘bueno, bueno, hay discusiones más urgentes, eso va después. Siempre hay más varones además’, comentaba en una entrevista una estudiante militante de una agrupación independiente, que consideraba escaso el tratamiento de este espectro de temas por parte de la conducción del Centro.

Durante el trabajo de observación participante, y en la semana cuando se realizaban las elecciones estudiantiles en septiembre de 2009, un militante del Partido Obrero, fuerza a cargo por entonces de la conducción del Centro, comenta que su espacio político prioriza la agenda relativa a las condiciones de cursada a la que referíamos en el capítulo anterior: “Nuestro foco es la designación de la Decana. El decano es como un presidente, que viene con un proyecto, y es un proyecto privatizador. Nosotros apoyamos e impulsamos otras causas, como el cupo para embarazadas y otros, pero el foco principal es este y las otras agrupaciones no hablan de esta designación. Porque de qué te sirve el jardín maternal si para estudiar tenés que pagar. Por eso también nuestra propuesta es apostar acá a los cursos de verano”.

Mario Pecheny y Rafael de la Dehesa analizan el tenso y cambiante vínculo entre la militancia de izquierda latinoamericana y la agenda de temas de los colectivos de la diversidad sexual y feministas. Si bien su análisis refiere a fenómenos de otra escala (el vínculo de los movimientos sociales con el Estado nacional), la caracterización que realizan pone en perspectiva histórica la relación entre partidos políticos, género y sexuali-

dad y resulta pertinente para problematizar estas tensiones en el espacio universitario. Para estos autores:

A pesar de que algunos partidos han creado secretarías o comisiones de la mujer, movimientos sociales o de diversidad sexual, para consolidar articulaciones con las bases, en la práctica, estas oficinas a menudo juegan un papel coyuntural, en época de elecciones, y pueden paradójicamente encapsular los debates en burocracias especializadas (Pecheny y De la Dehesa, 2010: 25).

Hacia 2010, el centro estudiantil de Psicología aglutinaba, entre sus trece secretarías repartidas proporcionalmente según los votos de las agrupaciones, dos surgidas con posterioridad al desplazamiento de la Franja Morada de la conducción en 2001: la Secretaría de Política de Género (a cargo del Movimiento Universitario Sur) y la Secretaría de la Mujer (a cargo de la agrupación Pan y Rosas-PTS).

Quienes participan de la vida política estudiantil de la Facultad diferencian ambas estructuras no por las actividades que realizan o sus programas sino por las agrupaciones que las conducen. Una militante, que no pertenece a la gestión de ninguna de estas secretarías, sostenía que la diferencia entre ambas radicaba en la tradición política de cada una de las agrupaciones que las conducen: “básicamente la conducción: Sur tiene una ideología más ligada al peronismo y el PTS una marxista-trotskista”. Si entre quienes militan, las diferencias, desde las denominaciones hasta las acciones, remiten al juego de distinción entre las agrupaciones (“esto de las secretarías es cualquier cosa, cada uno hace una actividad, le pone el nombre que quiere y chau”), no obstante es posible atender también a estas diferencias a partir del lazo que buscan establecer con el estudiantado. En este sentido, una diferencia significativa entre ambas estructuras refiere a las estrategias diversas desplegadas en el interior del espacio universitario.

Según la plataforma de la agrupación que presidía la Secretaría de la Mujer con motivo de las elecciones estudiantiles de 2009, la necesidad de esta secretaría se debe a la población de la Facultad: “en Psico, donde el 80% de los estudiantes somos mujeres, desde hace cinco años pusimos en pie la Secretaría de la Mujer”. La función de esta estructura es articular el espacio de la Facultad con otros espacios políticos, especialmente –como marcamos en el capítulo anterior sobre las agendas prioritarias– con aquellos vinculados al ámbito laboral y al territorial (“impulsar la organización de las mujeres en las universidades, barrios y lugares de trabajo convencidas de que, si nos ponemos de pie, podremos conquistar nuestros derechos”). Por otra parte, varias de sus consignas refieren al

escenario nacional (“bajo la consigna ‘contra la iglesia, el gobierno y la oposición clerical’”).

No obstante, aunque en menor medida, esta secretaría se propone también una política situada, atenta a los problemas circunscriptos a la vida cotidiana universitaria, con el objeto de intervenir en el terreno de la formación. Con la consigna “Nos oponemos a la mentira de la ‘neutralidad’ científica”, la agrupación a cargo de la Secretaría de la Mujer propone como actividades fomentar la perspectiva marxista de la opresión de la mujer, realizar una encuesta sobre la violencia contra las mujeres, un ciclo de talleres “para hablar de las grandes problemáticas que están borradas del plan de estudios, como el derecho al aborto, la trata de mujeres para la esclavitud sexual, la salud de las mujeres” o la incorporación al plan de estudios de la investigación denominada “la salud de las trabajadoras de la salud”. En esta línea, la búsqueda de interpelar a las estudiantes se plasma también en reivindicaciones tales como “la causa del jardín maternal”, vehiculizada mediante un petitorio dirigido al Consejo Directivo en pos de atender a la situación de las estudiantes de la carrera (“para que las más de tres mil compañeras que son madres, trabajadoras, estudiantes, puedan cursar”).

Por su parte, la Secretaría de Políticas de Género fue la encargada de presentar ante el Consejo Directivo de la Facultad un proyecto de régimen especial de cursada para embarazadas.⁹ La agrupación que promovió el proyecto ha enfocado su actividad política en esta iniciativa. La fundamentación del proyecto presentado ante el Consejo sostiene que la cursada especial se orienta a evitar la deserción estudiantil producida por motivo de embarazo (“que en nuestra Facultad existe un número mayoritario de mujeres, habiendo actualmente una cantidad minoritaria de mujeres embarazadas y una mayoritaria de casos de atravesamiento de dicha situación a futuro”). Según este mismo documento, presentado en junio de 2009 en el Consejo Directivo, Psicología es un espacio desigual en términos de oportunidades para su población (“son casi inexistentes los avances normativos que procuren la conquista de la igualdad de género en la vida interna de la Institución”).

El proyecto fue presentado con dos mil avales, recogidos por militantes que recorrieron los cursos solicitando firmas de adhesión. Esta búsqueda

9. Según el Censo de Estudiantes 2011 de la UBA, “el 89,4% de los estudiantes [sin contabilizar el posgrado y los colegios] no tiene hijos. El 5,9% tiene un hijo, el 3,2% dos hijos y el 1,5% tres o más hijos. Considerando las distintas Unidades Académicas para esta variable, las Facultades con mayor presencia de estudiantes con hijos son las de Filosofía y Letras (16,5%) y de Psicología (16,0%)”.

se realizó mediante una *performance*: los y las militantes de Sur pasaban por los cursos una urna en la que plebiscitaban la medida, llevando globos debajo de las remeras simulando un embarazo. “Lo que hacen para llamar la atención, porque uno de los problemas que hay en Psicología: es muy difícil convocar a la participación”, explica una entrevistada ubicando la centralidad del gesto interpolador de la *performance* por sobre la causa militante.

La agenda de género estructura una zona de conflictos entre las agrupaciones. Desde la perspectiva de algunos y algunas militantes, el proyecto para estudiantes embarazadas es un equilibrio entre el movimiento estratégico y la necesidad de dar respuesta a una demanda. En palabras de una militante de otro espacio político, “es algo que el Centro de estudiantes propone para interpelar a la población y es una problemática real. Han surgido problemas al respecto porque si hay muchas mujeres que se embarazan, ¿cómo hacen para ir a cursar?”. Hay quienes sostienen, en cambio, que esta iniciativa constituye simplemente una decisión pragmática orientada a la búsqueda de rédito electoral (“un invento”, “tener presencia que no tenían”, “oportunismo”, “como somos todas mujeres, ¡bingo!”, “fue más ‘votá sí o no’, no hubo una discusión de nada”, “son estos temas que atañen directamente. Como los cursos de verano”). La consigna durante las elecciones de 2009 de la agrupación que motorizó el proyecto de régimen especial por maternidad plantea esta articulación entre los distintos temas: “con participación ganamos la cursada para embarazadas. Así lo hacemos nosotros. Ahora vamos por los cursos de verano. Sur”. Tomando como ejemplo esta iniciativa, una militante de otra agrupación cree en la necesidad de distinguir las *políticas de género* de las *de la mujer* ya que “más que políticas de género son políticas que tienen en cuenta la proporción de estudiantes. Vos hablás con ellos [la agrupación *Sur*] y tienen claro que hay un 80% de mujeres [en la Facultad] entonces tienen una política consecuente”, enfatizando la contigüidad de sentidos entre “género” y “mujer” en el lenguaje de las agrupaciones.

2. Los significados de “género” en la retórica estudiantil

En la política estudiantil, *género* asume una serie de significaciones específicas por la una trama de discursos de las agrupaciones en las que se inscribe, por la forma en que estas deciden “hablarlo” y por los rasgos que destacan en los *usos* que realizan de este término y los que quedan menos visibilizados. Desde este lugar, puede ser analizado como un “significante vacío” –en términos de Ernesto Laclau (1996)–, es decir, un significante que adquiere su significación entre otras posibles con las que se

encuentra en conflicto, y al hacerlo estructura un campo discursivo. Opera así una decisión que está implicada en los procesos políticos en la medida en que estos, propiamente, consisten en optar entre alternativas en conflicto. Esta tensión entre el espectro de alternativas posibles y el conjunto de opciones adoptadas es la que Chantal Mouffe (2007) caracteriza como las relaciones entre *lo político* y *la política*, respectivamente, referidas en el Capítulo I. Con este señalamiento busco indicar el hecho de que *género* remite a las mujeres, como primer recorte, madres o trabajadoras, como segundo.

De un modo más preciso, es posible sostener que este término adquiere su significación en un entramado específico compuesto por tres figuras recurrentes en el discurso de las agrupaciones¹⁰: la mujer trabajadora/ explotada (en redes de trata, trabajos precarizados en el sistema de salud, trabajos asalariados), mujer-madre (destinataria de la cursada para embarazadas, de los jardines maternos) y mujer-víctima (en los discursos en torno a la violencia de género, violencia doméstica, o las muertes por aborto clandestino). Pero estas figuras restringen a un género, al que escinden de sus dimensiones relacionales y de la multiplicidad de referentes posibles que no se agotan en “mujer”. Esta restricción es insistente. Por caso, un integrante de la conducción del Centro (CEP), a cargo de una coalición liderada por el Partido Obrero, durante una conversación informal días antes de las elecciones de 2015 comenta que a la secretaría de género “no han logrado darle regularidad por diversas particularidades de la política” como disputas con otras agrupaciones que impedían su funcionamiento regular, pero también por la dificultad para incorporar otros temas, debido a la falta de adhesión “como problemáticas referidas al colectivo *trans*, que no pegaron, no tuvieron repercusión”.

En la realización de las actividades y la “puesta en discurso” del género, las agrupaciones producen y ponen en circulación significaciones en torno a este término que implican –en el mismo movimiento– nuevas formas de exclusión. Una estudiante que participa en una agrupación partidaria sostiene: “Me deprime, me parece que es un grupo de género [el que conduce la Secretaría de la Mujer] totalmente reaccionario. Son muy cuadrados, que tienen una perspectiva *muy feminista* para pensar la problemática de género, haciendo un reduccionismo del tema. No me gusta para nada”.

De manera sintética, el “reduccionismo” con que los temas de esta agenda son retorizados, configurados, es una crítica realizada tanto desde

10. Como fue aclarado en la Introducción, se prioriza para el análisis de esta sección el material relevado y las entrevistas realizadas en la Facultad de Psicología (UBA).

las agrupaciones como desde estudiantes que no participan en las organizaciones estudiantiles. El significado de esta reducción semántica aparece como efecto de la filiación de género con reducción semántica aparece en los relatos como efecto de la filiación de género con el activismo feminista. Sostiene un militante de una agrupación independiente: “el tema de género viene más por afuera, el tema lo tomó más el PTS y Pan y Rosas, este feminismo así súper fanático”. Un estudiante de una de estas agrupaciones me corrige durante una conversación informal: “Feminista no. El feminismo es la inversión del machismo, que es distinto a reivindicar la condición de la mujer como modo de explotación”. Por otro lado, si bien el género forma parte del repertorio de temas de las agrupaciones políticas y es objeto de intervención en el espacio de la Facultad, las modalidades relacionales que producen una desigual distribución de la legitimidad (Butler, 2009) entre varones y mujeres son poco problematizadas en el interior de las agrupaciones estudiantiles. Esta cualidad se manifiesta en una frase habitual entre los y las estudiantes de Psicología: mientras que usualmente se caracteriza a esta Facultad como “toda de minas”¹¹, esta referencia contrasta con el modo de referir a quienes participan del órgano de representación estudiantil: “los pibes del Centro”. O como describe una militante: “los varones están todos en el CEP”. Como fue trabajado con mayor profundidad en los trabajos mencionados, estas asimetrías se plasman en la desigual circulación de la palabra en las asambleas estudiantiles, los liderazgos, las exigencias de “coherencia” entre la expresión e identidad de género de las estudiantes militantes (referidas, corrientemente, como “machonas”) entre otros procesos (Blanco, 2014a, 2014b, 2014c).

Por último, como una pista a profundizar, vale decir que la creciente tematización del género en Psicología parece señalar una paradoja. Por un lado, las agrupaciones estudiantiles comienzan a movilizar una “agenda de género” con mecanismos novedosos de interpelación —como la *performance* con globos descripta— y con el objetivo de convocar a la comunidad estudiantil. Por otro, la normatividad sexo genérica en el interior de las agrupaciones opera fuertemente en la distribución desigual de las legitimidades (liderazgos, conformación de las agrupaciones, autoridad para tomar la palabra). Esto sucede ya que la política, como el espectro de

11. El análisis comentado del Censo de Estudiantes de 2004 destaca que “en el análisis de la distribución por Unidad Académica se observa que la Facultad de Psicología es la que concentra la mayor participación relativa de estudiantes mujeres con 83,4% de sus estudiantes de este sexo”, lo que la aleja en más de diez puntos del promedio general para toda la universidad. El registro censal realizado en 2011 señala valores similares: 81,7% (13.208) mujeres y un 18,3% (2954) de varones en Psicología (Fuente: Censo de Estudiantes UBA-2004 y Censo de Estudiantes UBA- 2011)

prácticas instituidas, parece señalar los límites de “esos otros modos posibles”, retomando las articulaciones planteadas por Mouffe (2007) entre la política y lo político: las significaciones en torno al género que vehiculiza el discurso de las agrupaciones estudiantiles en Psicología encuentran sus restricciones en el propio espacio de la militancia, espacio donde estas representaciones adquieren referentes específicos.

3. La diversidad sexual y la politización de la “vida privada”

“Un día estudiando en la biblioteca con mis compañeros de acá [del Pabellón I de Exactas], en la biblioteca del II, vi un chico, me gustó y le di mi mail. Así, me tiré a la pileta”, narra durante una entrevista un estudiante de Ciencias de la Computación respecto del modo en que conoció a su novio en la Facultad. “¿Pero qué pasó? En realidad lo importante fue que chapamos en la fiesta de la materia más grande de la Facultad. Y entonces eso fue realmente una explosión. Porque de ahí, después en dos meses, empezaron a sacar certificado de puto todos los que no se habían animado a hacerlo. Y en serio fue una descompresión importante”. Ese acontecimiento, el de besarse en una fiesta dentro de la Facultad, “hizo que se descomprima mucho y que muchos alumnos, de una materia que tiene quinientos alumnos, empiecen a salir del closet”. En el relato del entrevistado, en este acontecimiento aparentemente menor se inscribió en un creciente proceso de politización de la sexualidad en esta facultad. “Y empezamos a hablar, y dijimos: ‘hagamos el espacio’ de diversidad sexual en la Facultad”.

En septiembre de 2008 comenzaban a realizarse las primeras reuniones públicas de un grupo de diversidad sexual que, en hojas tamaño A4, blanco y negro, pegadas en distintos espacios de circulación del edificio (pasillos, descansos de escalera, baños) realizaron una actividad de lanzamiento: “Ciclo de cine “Ensalada Cerebral” y CHEN (comunidad homosexual de exactas y naturales). Proyectaremos *Shortbus* en el contexto de cine LGBT (lésbico, gay, bisexual, trans). Viernes 12/09, 20hs Aula Magna del Pabellón II”. Este espacio posteriormente se denominó “DiSEN”, Diversidad Sexual en Exactas y Naturales. En el paisaje habitual de esta facultad, dominado por grandes letreros que tematizaban la insuficiencia del presupuesto universitario, el rol de la universidad en la sociedad o diversos conflictos con el Estado nacional (“¿qué esperamos de la Educación Superior? Educación para el cambio social”, “¿Redistribución de la riqueza? ¡Basta de Verso!”), “Anulación ya de la Ley de Educación Superior”, “Ciclo de charlas Economía y Ciencia”, entre otros), que interpelan

a partir de identidades políticas *reconocibles* por su tradición en la universidad (“Izquierda socialista”, “Nueva Izquierda”, “ConCiencia Crítica”, “Unión de Juventudes por el Socialismo”), la proyección en el aula magna de la Facultad de un film con recurrentes escenas de sexo que transcurren en un club nocturno de Nueva York –llamado *Shortbus*– parecía establecer cierta disrupción

Como fue analizado en el capítulo anterior, la búsqueda de nuevas formas de interpelación se conjugó en las agrupaciones estudiantiles pos 2001 con la conformación de un espacio más amplio de demandas y reivindicaciones. La agrupación a cargo del Centro, el Frente de Estudiantes Movilizados (FEM!) que forma parte de La Mella sostiene en su plataforma electoral (2009) que este es la herramienta estudiantil para llevar adelante reivindicaciones “culturales, políticas, sociales o de cualquier otra índole”. Al explicar la composición del FEM!, los y las integrantes se presentan como estudiantes que forman parte de “La Mella en *Exactas*, también varios participamos además de otros espacios, como DiSEN (Diversidad Sexual en *Exactas* y *Naturales*) o el grupo GlugCEN (Grupo de activismo del Conocimiento y el Software libre)”, incorporando, como señalamos en el capítulo anterior, una “agenda académica” que distinguió el trabajo de las agrupaciones surgidas como “independientes”, pero también de la diversidad sexual.

Al igual que respecto de la cuestión de la mujer, no sin tensiones, las agrupaciones de estudiantes comienzan a incluir una agenda de la diversidad sexual, según su denominación corriente. Las tensiones se expresan en las formas de denominación entre las estructuras políticas y las formas emergentes de lo político, especialmente en torno a la dimensión biográfica de la presentación pública. A modo de ejemplo: en la breve hoja de vida que realizan quienes aspiran a lograr la representación estudiantil, se identifican como “*estudiantes* de una carrera, *integrante* de DiSEN, *militante* del FEM”. Durante una conversación informal con un estudiante que participa de este espacio de diversidad sexual, en varias oportunidades me corrigió el uso que yo realizaba del término “agrupación” (“¿cuándo comenzaron con la *agrupación*?”, por relación a DiSEN) para enfatizar que él participaba en un *grupo* de diversidad sexual y que a su vez militaba en una *agrupación* con aspiración a conducir el Centro y acceder al Consejo. El señalamiento se dirige a marcar las tensiones entre las formas emergentes, difusas, experimentales y menos inteligibles de lo político y las modalidades instituidas de la política (“para ser una agrupación se requieren 25 libretas universitarias; somos un grupo. Y además no nos interesa participar en las elecciones estudiantiles”, menciona).

Con la incorporación de este grupo al centro de estudiantes, y a partir del trabajo de los consejeros que pertenecen al espacio de su conducción, se han motorizado en el órgano deliberativo de gobierno de la Facultad, el Consejo Directivo (CD), diferentes iniciativas y demandas de reconocimiento en torno a la sexualidad que marca un proceso de institucionalización de esta agenda. La particularidad de este proceso reside en el hecho de que *la voz* que inscribe las demandas e iniciativas específicas se escinde de los grupos y actores particulares para materializarse en el gobierno de la institución. En esta dirección, el CD se ha expedido positivamente respecto de la sanción de la Ley Matrimonio Igualitario, ha convocado a concurrir a la “marcha del orgullo” (“El CD resuelve: Adherir a la XVII Marcha del Orgullo Lésbico, Gay, Bisexual, Transexual bajo las consignas Libertad e Igualdad de derechos y No a los Códigos de Faltas”, según el Acta del Consejo Directivo del 2 de noviembre de 2009, en la que además se enfatiza “Que este Consejo Directivo ya se ha expedido a favor de la defensa de estos derechos y por la igualdad de condiciones en resoluciones anteriores), o ha solicitado sancionar a un docente por haber proferido expresiones discriminatorias contra estudiantes por su orientación sexual (y que el CD rechaza en tanto “opiniones que resultan injuriosas respecto de la raza, religión o género, de carácter denigrante y hasta insultante”, como consta en el Acta del Consejo Directivo del 7 de septiembre de 2009).

Si este arco de demandas y reivindicaciones surge de grupos particulares, su institucionalización da cuenta de un modo de gestionar asuntos que atañen a la “diversidad sexual”, como la nombran los propios actores, lo que implica no solo encauzar una demanda *vía* un trámite formal –algo común a algunas demandas, como el caso señalado en Psicología para la cursada especial para embarazadas– sino también un espectro de acciones que se desenvuelven por diversos hilos de la institución. De este modo, una voz particular se integra al *decir*, a la enunciación, institucional. Esto posibilita diversos procesos: que las acciones se difundan al resto de los actores (“dar amplia difusión por los canales institucionales”, respecto a la convocatoria a la Marcha del Orgullo, según el Acta del Consejo Directivo del 2 de noviembre de 2009); la marcación de límites ante una intervención institucional no pertinente (“utilizando una cuenta de mail institucional (...) se ha expresado acerca de la homosexualidad en términos agraviantes”); el establecimiento de los horizontes que orientan la convivencia en la institución (“la Facultad y la Universidad deben ser espacios democráticos y de respeto, tanto a nivel político/ideológico como a nivel de diversidad sexual y de género”) o la tipificación de conductas esperables para cada uno de los actores institucionales (en su calidad de

profesor, este docente “tiene derecho a pararse frente a un curso, impartir conocimiento y evaluar desempeño”, evaluación que “no debe estar influenciada por diferencias políticas, ideológicas ni morales por parte del docente que evalúa”), entre otros efectos identificados en las actas relevadas.

Interesa poner en relieve, como rasgo que explica al menos en parte las nuevas agendas de agrupaciones que tematizan lo que anteriormente era considerado de la “esfera personal” o “íntima”, el proceso de politización involucrado. Chantal Mouffe coloca las pasiones en el centro de los procesos de politización. Esto implica que, por caso, la participación de un grupo de estudiantes en la estructura del Centro no obedece únicamente a un cálculo racional de intereses ni a una evaluación moral, sino una “dimensión afectiva” que interviene en esa decisión. Para la autora, es un error creer que las pasiones son algo que debe retroceder frente al avance de la razón: “el error del racionalismo liberal es ignorar la dimensión afectiva movilizadora por las identificaciones colectivas”, concomitante con “imaginar que aquellas ‘pasiones’ supuestamente arcaicas están destinadas a desaparecer con el avance del individualismo y el progreso de la racionalidad” (Mouffe, 2007: 13).

En una entrevista realizada en 2010, un estudiante reconstruye este proceso por el cual una serie de intereses personales encuentran su expresión en una determinada representación política:

No solo no estábamos en el Centro sino que todavía no nos habíamos contactado bien con la gente de La Mella y por ende no habíamos conformado el FEM! Éramos estudiantes comunes, que queríamos organizar una actividad y que no queríamos hacer una actividad con el PCR que estaba en el Centro porque sabíamos que nos iban a cooptar el espacio. Entonces las aulas [para la primera actividad del espacio de diversidad sexual] las conseguimos nosotros, fue toda una cosa muy autogestionada. Tuvo sus cosas buenas y malas en cuanto a la organización, había gente más y menos interesada en organizarla y era un montón de laburo, pero dio visibilidad al grupo y ahí fue que se alertaron los chicos de La Mella de que éramos un montón de gente, de que quizás estábamos interesados en otra cosa. Y al final muchos, los más activos que estábamos en DiSEN, los que realmente llevábamos adelante las actividades, ahora estamos todos en el FEM!

Este punto tal vez permita volver sobre el análisis llevado a cabo respecto de las relaciones entre “la política de género” *desde* y la normatividad de género *en* las agrupaciones en Psicología, y al mismo tiempo, explicar lo que se entiende por “politización” como movilización de las pasiones en Exactas. Si la politización implica identificación, los modelos propuestos de interpelación por parte de las organizaciones estudiantiles

en Psicología (mujer-trabajadora/explotada; mujer-víctima y mujer-madre), ¿qué posibles identificaciones movilizan en sus destinatarias? En otros términos, ¿quiénes se reconocen en esas representaciones en el espacio de la Facultad? Tal vez la figura de mujer-madre (habida cuenta de la proliferación de opiniones que generó, en términos de su controversia) sea, de las tres, la que mayor adhesión generó entre el claustro de estudiantes. La apelación al género en tanto “tema de agenda”, que no contempla dimensiones presentes en la experiencia estudiantil (ni en la experiencia de militancia estudiantil) parece redundar, paradójicamente, en su despolitización, en su incapacidad para movilizar “más allá” de la adhesión racional o moral (¿quién se manifestaría *a favor*, quién sostendría que son *correctas* la explotación o la violencia?). En otras palabras, constituyen interpelaciones desapasionadas.

Las pasiones, en tanto “fuerzas afectivas” –para recuperar a Mouffe– son una dimensión constitutiva de los procesos de colectivos de identificación:

La movilización requiere politización, pero la politización no puede existir sin la producción de una representación conflictiva del mundo, que incluya campos opuestos con los cuales la gente se pueda identificar, permitiendo de ese modo que las pasiones se movilicen políticamente dentro del espectro del proceso democrático (2007: 31).

Retomando las tensiones señaladas entre “grupo” y “agrupación” y las distinciones en los modos de presentación de quienes fueron candidatos en la plataforma electoral de la agrupación referida en el apartado anterior (*estudiante de*, *integrante de*, *militante de*), este mismo estudiante sostiene: “quisimos hacer en la plataforma y en la letra, una escisión virtual que en la práctica no se dio. ¿Por qué? Porque yo soy gay, me interesan los temas de sexualidad y yo los voy a militar, voy a construir eso esté donde esté. Entonces terminó pasando que, por ejemplo, nosotros en Consejo Directivo, sacamos un apoyo a la Ley de Matrimonio Igualitario, nosotros trabajamos con una agrupación de graduados para hacer eso también, tenemos proyectos de eso”.

Para finalizar, interesa remarcar –tomando el último testimonio– que la reflexividad sobre la dimensión genérica y sexuada “personal” (individual, privada, subjetiva) en el proceso que marcamos de politización en esta facultad reinscribe esta dimensión en una trama más amplia e indisociable que otorga espesor social, público y político a la experiencia personal (Scott, 2001). En este sentido, el repertorio de acciones, las causas que llevan a movilizar y sostener una práctica militante se nutren de la experiencia cotidiana de los actores de la institución: obedece así no a

la relocalización de una agenda externa en el espacio universitario sino al ensamble entre esa vivencia singular, una experiencia colectiva de organización y unos repertorios culturales, esa discursividad que marca la época, hoy disponible.

4. Las nuevas agendas y los ecos del “Ni una menos”

Realizando un contrapunto entre las dos escenas descritas, la de la agenda “de género” en Psicología, y la de la diversidad sexual en Exactas, es posible marcar dos lógicas de conformación de las agendas que perduran hasta el presente. En la FCEyN, la incorporación de una agenda de la diversidad sexual se realiza por vía de la incorporación de estudiantes a las organizaciones estudiantiles. Esta incorporación se produce a partir de la movilización de intereses personales que encuentran espacio de identificación con las modalidades de interpelación de las agrupaciones estudiantiles, más específicamente, por la conducción del centro de estudiantes, a cargo de una agrupación surgida en el arco de las independientes.

Una característica que ha vertebrado este espacio fue la de privilegiar —sin desatender otras— el despliegue de una “política de lo cotidiano”. Como ya fue trabajado, la efectividad de la interpelación, la aceptación de la invitación a participar de la estructura del Centro, la identificación con ese espacio, su reconocimiento y legitimación da paso a que las demandas e iniciativas específicas se materialicen en el cuerpo de la institución: el órgano de gobierno, la comunicación institucional, la producción de reglamentaciones, y también en una emergente sociabilidad. En este caso, las agrupaciones estudiantiles renuevan sus prácticas y discursos a partir de las experiencias de estudiantes que desarrollan una reflexividad específica sobre la dimensión política de la condición genérica y sexuada de la condición de estudiante. En Psicología, en cambio, el género aparece más como un movimiento estratégico de las agrupaciones en pos de interpelar al estudiantado, una “agenda desde arriba”, que el efecto del movimiento táctico de estudiantes tendientes a modificar las formas de habitar el espacio universitario.

Pero de un modo más general, hacia las elecciones de 2015, este “estado deliberativo sobre géneros y sexualidades”, en las palabras aludidas de Pablo Semán que referíamos en el inicio del capítulo, forman parte ya del conjunto de las agrupaciones estudiantiles y han devenido, al menos en las plataformas, en causas militantes generalizadas. Esta dominancia, que pocos años atrás constituía una agenda específica de algunas agrupaciones, permea hoy discursos que articulan con las especificidades del espacio universitario.

La plataforma del frente estudiantil “La Bemba” (conformado por las agrupaciones CAUCE, Juventud Insurgente y Bandera Negra) que compitió por la presidencia del centro de Filosofía y Letras, sostiene que “aunque a veces parezca un ambiente ‘progresista’, la Universidad no está exenta de estas desigualdades y violencias. Esto se evidencia en actitudes patriarcales que ejercen muchos docentes, en la ausencia de una perspectiva integral de géneros en nuestros planes de estudio e incluso en violencia hacia aquellxs que no respondemos exactamente a la normalización que nos impone”. Por otra parte, ese mismo año se realizó la campaña “En la universidad también abortamos” por parte del Movimiento Popular “La dignidad por asalto”, que constó de un ciclo de consejerías a mujeres que deciden abortar; fue realizado en las facultades de Filosofía y Letras, Derecho, Psicología, Ciencias Sociales y Medicina. En la misma época de elecciones, pero en Exactas, durante una conversación informal un estudiante que participa de la comisión de diversidad sexual del Centro sostenía que el objetivo de esta era “romper con la heteronormatividad” en la universidad. “¡Se empieza por casa!”, sostiene la invitación en la red social Facebook que la comisión realiza, e insta: “¡Basta de timidez! La comisión es un espacio para sacarse dudas, debatir, aprender, conocer a otrxs y a unx mismx, y actuar para lograr una sociedad inclusiva y tolerante... No te lo pierdas...”. Estos, entre otros posibles casos que dan cuenta de la creciente tematización en el espacio universitario de las regulaciones sexo genéricas que lo configuran (Blanco, 2014a; Blanco, 2014c).

No obstante podemos señalar algunas limitaciones. Retomando lo anteriormente dicho, en el lenguaje de las agrupaciones, sus agendas y causas militantes operan algunos reduccionismos que es posible señalar y que, vale aclarar, no son privativos del activismo estudiantil sino más bien una constante en el ámbito universitario. Como dijimos, la referencia a “género” suele cristalizar en mujer; “diversidad sexual” refiere, las más de las veces, a la homosexualidad y, aún más, masculina. Este hecho actualiza tres décadas después el agudo comentario de Adrienne Rich “A nadie sorprende que se informe que las lesbianas permanecen más ocultas que los homosexuales masculinos” (1986: 23). Por último, es cierto que la heteronormatividad ingresó en el lenguaje de las agrupaciones. Como conceptualizan Lauren Berland y Michael Warner, este término se utiliza para referir a “todo un campo de relaciones sociales se vuelve inteligible a través de la heterosexualidad, y esta cultura sexual privatizada conlleva en sus prácticas un sentido tácito de lo correcto y lo normal. Este sentido de lo correcto –arraigado en todas las relaciones y no sólo en el sexo– es lo que llamamos heteronormatividad (2002: 238)”. Pero si hoy el espacio universitario es reflexionado, pensado, como un territorio heteronormativo,

menos lo es como cis-sexista (es decir, no trans), y el modo en que esto articula “economías de privilegio” (Cabral, 2014), algo presente no sólo en el activismo estudiantil sino también, y fuertemente, en los procesos de transmisión y producción de conocimiento (Radi, 2014).

Una nueva dimensión cobró esta agenda a partir de la convocatoria a la manifestación del 3 de junio de 2015 bajo la consigna “Ni una menos”. En repudio a los casos asesinatos de mujeres y por una política activa en pos de la implementación de un plan de violencia contra las mujeres, la manifestación que se inició en las redes sociales y por el boca en boca, reunió solo en Buenos Aires a 150 mil personas bajo la consigna principal de “Basta de femicidios”¹². En el ámbito universitario, la invitación y convocatoria a participar de la manifestación provino, sin distinción, de las distintas agrupaciones, a la que se sumaron gremios y autoridades. Por caso, en una cartelera de Ingeniería se podía ver en los días previos a la convocatoria a estudiantes fotografiados portando el letrero distintivo con la consigna “Ni una menos”, y afiches alusivos a la campaña que se replicaron en todas las facultades. Distintos espacios políticos reivindicaron para sí el hecho de que en las unidades académicas se haya conseguido que ese día no se computara inasistencia a quienes concurrieran a la marcha, sin perjuicio de sanción alguna. Pero como un efecto de la movilización, un tema surgió con fuerza por esos días: la necesidad de la implementación de un protocolo de prevención de la violencia en el espacio universitario, algo que había sido poco problematizado por los distintos actores institucionales hasta entonces, al menos en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires.

Con anterioridad, otras casas de estudio nacionales, como la Universidad Nacional del Comahue, de Rosario o General San Martín, ya habían aprobado y puesto en práctica instrumentos de este tipo. Movilizados por docentes e investigadoras feministas en algunos casos, por no docentes o por agrupaciones estudiantiles en otros, los protocolos se fueron extendiendo luego por las distintas universidades como una nueva causa militante. Los borradores de proyectos, las versiones de otras instituciones que fueron reelaboradas para ser presentadas en el órgano de gobierno de la UBA, circularon a través del contacto entre activistas de espacios con presencia en distintas casas de estudio. Así, en la UBA, el proyecto impulsado en el Consejo Superior por representantes estudiantiles del La

12. Los cinco principales puntos del documento elaborado por la organización de la convocatoria refería a la necesidad de garantizar el acceso a la justicia y la protección de las víctimas de violencia, la elaboración de un registro único de víctimas de violencia, y garantizar la educación sexual integral. Las manifestaciones se replicaron en las principales plazas del país.

Mella retradió, con algunas variaciones, el que ese mismo espacio había impulsado en la universidad rosarina.

El proyecto presentado, denominado “Protocolo de intervención Institucional ante denuncias por violencia de género, acoso sexual y discriminación de género” abarcó tres grandes tipificaciones: la violencia sexual, contemplada en el código penal, la sanción por casos de discriminación y los casos de acoso, por ejemplo, el hostigamiento mediante comentarios. Además del establecimiento de mecanismos para operativizar las denuncias y sanciones ante alguna de estas situaciones, el documento impulsado contempló también la necesidad de desplegar campañas preventivas, de difusión, sensibilización, y la constitución de equipos interdisciplinarios de trabajo.

A modo de cierre, vale decir que iniciativas como estas, y de un modo más general, que la renovación de las agendas estudiantiles a partir de la inclusión de demandas y reivindicaciones –incipientes y, sin duda, parciales– sobre géneros y sexualidad evidencian una creciente reflexividad sobre la universidad. En otras palabras, los procesos referidos parecen dar cuenta que en la universidad existen también situaciones de violencias, y de un modo más sutil, modos correctos, esperables o legítimos de asumir, encarnar y expresar allí el género y la sexualidad según un conjunto de prescripciones y de orientaciones implícitas (cfr. Blanco, 2014a).

Parte del activismo estudiantil parece haber comenzado a pensar la universidad también como un espacio no neutro, como un territorio a intervenir, con el objeto de desnaturalizar allí las relaciones sociales y las tensiones entre lo que es público, lo privado y lo íntimo. Y si lo neutro es, como señala Roland Barthes, el lugar de lo inanimado, del “no sujeto” de “aquello a lo que le es prohibido la subjetividad” (2004: 252), la apuesta por la visibilidad, la implicación, la reflexividad, lo situado, la afectividad y el politizar lo cotidiano que traen las nuevas agendas tal vez permita dotar de nuevos sentidos a “lo público” de la universidad pública.

Epílogo

A lo largo del recorrido propuesto en este libro buscamos, principalmente a partir de algunos rasgos identificados en los relatos de estudiantes y del análisis de materiales producidos por distintas agrupaciones, reconstruir algunas características del activismo universitario en los últimos quince años. Esta temporalidad, como dijimos, estuvo marcada, en su inicio, por la crisis del 2001. Este hecho es significativo para un relato del presente del activismo universitario porque es a partir de allí cuando comienza un período breve pero acelerado de reconfiguración de las agendas, las identidades políticas y los lenguajes de las agrupaciones estudiantiles.

Como marcan otros trabajos retomados a lo largo de este libro, esto no hubiese sido posible sin experiencias previas, instancias de experimentación, contactos entre estudiantes de distintas generaciones que operaron en la transmisión de algunas de esas innovaciones. Lo que hay de singular en el presente siglo tal vez sea, en todo caso, que la dimensión del estallido de aquel diciembre operó como catalizador. En este sentido, el relativo rápido desplazamiento de “la Franja” de la conducción estudiantil porteña, la FUBA, hasta nuestros días habilitó la consolidación de nuevas expresiones de izquierda que imprimieron rasgos renovados a la militancia universitaria, logrando –aunque no sea posible dimensionar de un modo más o menos preciso– la incorporación de nuevos estudiantones a las nacientes agrupaciones. “Por abajo” de estos procesos, menos pendientes de lo que sucedía a nivel de las cúpulas de representación, también se fueron produciendo formas de movilización, fueron surgiendo demandas nuevas y modos de politización que, en algunos casos, se tradujeron en iniciativas colectivas.

En el ciclo explorado en este trabajo, “independiente” nombró a un espectro de espacios estudiantiles que paulatinamente, conforme avanza el tiempo hasta el presente y con la irrupción del kirchnerismo, van a ir integrándose a estructuras, espacios y corrientes de alcance nacional. Es decir, van a renunciar al “valor” de “lo independiente” para reivindicar

la pertenencia a espacios políticos enrolados en militancias no sólo universitarias, sino también abiertas a la participación en el juego electoral nacional. La independencia va a dejar de ser una cualidad valorada de las agrupaciones para convertirse en un atributo de estudiantes adherentes, llamados también –no deja de resultar algo paradójica la enunciación– “no agrupados”. Así los nombres de agrupaciones van a ir acompañados con la leyenda “+ independientes” o “+ no agrupados”. De esta peculiaridad van a participar las agrupaciones partidarias, quienes también van a reivindicar para sí la capacidad de representación a aquellos sin filiación más o menos fija a ningún espacio.

La experiencia estudiantil y su vínculo con lo político del estudiantado que no milita, un espectro heterogéneo que manifiesta distintas actitudes frente al activismo estudiantil, permite pensar la magnitud que el hiato entre militantes y no militantes adquiere. En este sentido, las prácticas de interpelación, las modalidades que el llamado de las autodenominadas independientes adoptó, reveló formas novedosas identificación, principalmente, a partir de la atención de “lo cotidiano”: a la formación y los temas propiamente académicos, la importancia de la amistad y los espacios de sociabilidad, la importancia de un lenguaje, no de vanguardia, asimétrico, diferente y jerárquico, sino cercano. El reverso de este proceso, la distancia, parece referir especialmente a algunas formas “típicamente” militante que se revelan en causas y estilos prácticamente invariantes y que el significante “lucha” recorre con comodidad por la discursividad partidaria. Así, las agrupaciones partidarias aparecen –como en el caso en el que nos detuvimos en Psicología– ubicando en el espacio universitario determinados temas, con un estilo y unas formas de intervención “incómodas” para el ámbito universitario: a veces por “hablar” de un modo alejado de la formación, otras por plantear aquello que aparentemente no tendría relación alguna.

No obstante, ahí donde las prácticas situadas pueden devenir en la creación de un micromundo universitario, en la incomodidad de las agrupaciones partidarias parece residir, a su vez, cierto *locus subversivo*, cierta capacidad de tender puentes entre temas, problemas, agendas (como el aborto, los procesos conflictivos en determinados espacios laborales), entre sujetos universitarios y no universitarios que, como en la escena que da inicio a este libro, de otro modo, por no ser parte de las currículas, por inercia social o por desinterés personal o inacción institucional, quedaría relativamente fuera del espacio universitario.

La irrupción de las agrupaciones kirchneristas es más tardía y, hasta cierto punto, de menor gravitación en la pelea por las conducciones estudiantiles, habida cuenta de la dificultad para lograr la representación en

los centros de estudiantes. Pero no así el kirchnerismo, la época, por la polarización discursiva que “obliga” a optar entre proyectos, pero también por la colocación de temas en la agenda nacional que repercuten, con su propia lógica, en el ámbito universitario.

En este sentido, las agendas de género y de la diversidad sexual, incompletas y en conformación, las modalidades de su apropiación en la cotidianidad de la vida estudiantil, la traducción de estas en reglas institucionales, entre otros, son procesos que “están siendo”. Son relativamente recientes, y se despliegan desde en los nuevos cuidados lingüísticos en el habla hasta en la formulación de protocolos que regulan (como sucede en otros ámbitos) la vida colectiva en la universidad. No obstante, más allá de este devenir inconcluso, sí es posible marcar que “el lenguaje de derechos” que marcó en parte la última década ha impactado en el espacio universitario.

Así, para finalizar, la “ciudadanía” en la universidad fue adquiriendo estos años, a fuerza de distintas modalidades de activismo y de formas de lo político que se encarnan en experiencia cotidianas, contornos genéricos y sexuados: politizando incipientemente dimensiones antes confinadas a otra escena –lo doméstico, lo privado, la interioridad– pero que hoy traman la universidad también como un “territorio” a intervenir, no distante y “otro” sino próximo y propio.

Bibliografía

- Aguilar Villanueva, L. (1993). *Problemas públicos y agenda de gobierno*. México: Porrúa.
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico: dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Barthes, R. (2004). *Lo neutro*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Benveniste, E. (1996). *Problemas de lingüística general I*. México DF: Siglo XXI.
- Berland, L. y Warner, M. (2002). "Sexo en público". En: R. M. Mérida (ed.), *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: Icaria.
- Bertaux, D. (2005). *Los relatos de vida: perspectiva etnosociológica*. Barcelona: Bellaterra.
- Blanco, R. (2014a) *Universidades íntimas y sexualidades públicas. La gestión de la identidad en la experiencia estudiantil*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Blanco, R. (2014b) "La politización de lo cotidiano en la militancia estudiantil. Agendas y retóricas en torno al género y la sexualidad", en Sandra Carli (comp.), *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Blanco, R. (2014c) "Normatividades de la vida cotidiana. Género y sexualidad en los saberes, la política y la sociabilidad universitaria", en Propuesta Educativa. Buenos Aires: NOVEDUC- FLACSO Argentina. Vol. 2, n° 42. Disponible en: <http://propuestaeducativa.flacso.org.ar/archivos/articulos/46.pdf>
- Blanco, R. (2014d) "Estudiantes, militantes, activistas. Nuevas agendas de las agrupaciones universitarias en torno al género y la diversidad sexual", en *Perfiles Educativos*. México DF: UNAM-IISUE. Vol. XXXVI, Núm. 144. Disponible en: <http://www.revistas.unam.mx/index.php/perfiles/article/view/46018/41191>
- Bourdieu, P. y Passeron, J. C. (2003). *Los herederos: los estudiantes y la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Buenfil Burgos, R. N. (1994). *Cardenismo: argumentación y antagonismo en educación*. México: DIE-CINVESTAV, CONACyT.
- Butler, J. (2009). *Vida precaria*. Buenos Aires: Paidós.

- Cabral, M. (2014). "Cuestión de privilegios", en *Suplemente Las 12. Página 12*, 7 de marzo de 2014.
- Califa, J. S. (2007), "El movimiento estudiantil en la UBA entre 1955 y 1976. Un estado de la cuestión y algunos elementos para su estudio", en Pablo Bonavena, Juan Sebastián Califa y Mariano Millán (comp), *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas
- Carli, S. (2014) "Introducción", en Sandra Carli (comp.), *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Carli, S. (2012). *El estudiante universitario: hacia una historia del presente de la educación pública*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carli, S. (2006). "Figuras de la amistad en tiempos de crisis: la universidad pública y la sociabilidad estudiantil". En G. Frigerio y G. Diker (comps.): *Educación: figuras y efectos del amor*. Buenos Aires: Del estante.
- Censo estudiantes 2004- UBA. Disponible en: <http://www.uba.ar/institucional/censos/Estudiantes2004/censo-estudiantes.pdf> [Consultado 02/04/2011].
- Censo estudiantes 2011- UBA. Disponible en: <http://www.uba.ar/institucional/censos/Estudiantes2004/censo-estudiantes.pdf> [Consultado 02/04/2011].
- Cortés, C.; Kandel, V. (2002). Reflexiones en torno a las nuevas formas de participación estudiantil en la vida política de la universidad. *Fundamentos en Humanidades*, febrero-marzo.
- Dubet, F. (2005), "Los estudiantes". CPU-e, Revista de Investigación Educativa, 1.
- Hall, S. (2003). "Introducción: ¿Quién necesita identidad?". En: S. Hall, y P. du Gay (comps.). *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kandel, V. (2004). "Espacio público y universidad". En: A. M. García Raggio (comp.), *La política en conflicto: reflexiones en torno a la vida pública y la ciudadanía*. Buenos Aires: Prometeo.
- Krotsch, P. (2014). "Los universitarios como actores de reformas en América latina: ¿han muerto los movimientos estudiantiles?". En: S. Carli (dir. y comp.), *Universidad pública y experiencia Estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Laclau, E. (1996) "Poder y representación". En: *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Martini, S. y Gobbi, J. (1998). Agendas públicas y agendas periodísticas. *Cuadernos de Comunicación y Cultura* (21).
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Naishtat, F., García Raggio, A. M. y Villavicencio, S. (2001). "La Universidad hoy: crisis de esa «Buena Idea»". En: *Filosofías de la universidad y conflicto de racionalidades*. Buenos Aires: Colihue.
- Núñez, P. (2013). *La política en la escuela*. Buenos Aires: Ediciones La Crujía.

- Pecheny, M. y De la Dehesa, R. (2010). "Reflexiones en torno a la Ley de Matrimonio Igualitario". En: M. Aldao y L. Clérico (Coord.), *Matrimonio igualitario: Perspectivas sociales, políticas y jurídicas*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Picotto, D. y Vommaro, P. (2010). Jóvenes y política: las agrupaciones estudiantiles independientes de la universidad de Buenos Aires. *Nómadas (Col)* [en línea] 2010, (Abril-Sin mes): [fecha de consulta: 30 de abril de 2012]. Disponible en: <<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/ArtPdfRed.jsp?iCve=105114733012>> ISSN 0121-7550
- Pierella, M. P. (2014). *La autoridad en la universidad. Vínculos y experiencias entre estudiantes, profesores y saberes*. Buenos Aires: Paidós.
- Reguillo, R. (2000). *Emergencia de culturas juveniles: estrategias del desencanto*, Buenos Aires: Norma.
- Remedi, E. (2004). "La institución: un entrecruzamiento de textos". En: E. Remedi (coord.), *Instituciones educativas: sujetos, historia e identidad*. México: Plaza y Valdés.
- Rich, A. (1986). Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana. *Revista Brujas*, 4 (10/12).
- Rockwell, E. (2005). La apropiación, un proceso entre muchos que ocurren en ámbitos escolares. En: *Memoria, conocimiento y utopía; Anuario de la Sociedad Mexicana de Historia de la Educación*, (1).
- Scott, J. (2001). "Experiencia". *Revista de Estudios de Género: La Ventana*, N°13.
- Semán, Pablo (2015), "El posporno no es para que te excites". En Revista Anfibia. UNSAM. Disponible en <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/el-posporno-no-es-para-que-te-excites/>
- Toer, M. (1988), *El movimiento estudiantil. De Perón a Alfonsín (1946-1986)*, Tomo II. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Touza, R. (2007), "El movimiento estudiantil universitario de Mendoza entre 1983 y 2000", en Pablo Bonavena, Juan Sebastián Califa y Mariano Millán (comp), *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*. Buenos Aires: Ediciones Cooperativas
- Vázquez, M. (2015) *Juventudes, políticas públicas y participación. Un estudio de las producciones socioestatales de juventud en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Verón, E. (1987). "La palabra adversativa". En: E. Verón (et al.), *El discurso político: lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette.
- Vich, V. (2004). "Desobediencia simbólica: performance, participación y política al final de la dictadura fujimorista". En: A. Grimson, *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Vommaro, P. (2015), *Juventudes y políticas en la argentina y en américa latina. Tendencias, conflictos y desafíos*. Buenos Aires: Grupo Editor Universitario.
- Vommaro, P., Vázquez, M., Blanco, R. (2015) "Ponencia: Juventud y política en los años 80s en Argentina: acción estatal, experiencias organizativas y demandas

emergentes en la recuperación democrática”, en *Actas del XXX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología*, Costa Rica.

Escenas militantes analiza las agendas, los lenguajes y las identidades políticas que caracterizan al activismo estudiantil universitario con posterioridad a la crisis de representación del año 2001 en Argentina. Este activismo articula distintas tradiciones políticas del siglo XX con experiencias emergentes del tiempo presente: la atención a la especificidad de los saberes y la formación, la mirada atenta a las articulaciones con la comunidad o "el territorio", la politización progresiva de lo que antes era considerado "personal" como el género y la sexualidad, van a ir integrándose a las agendas de las agrupaciones junto con la búsqueda de nuevas formas de "llegar" –o interpelar– al estudiantado. El libro se detiene en el lugar que la política tiene en la cotidianidad universitaria tanto para quienes militan como para quienes no, en las articulaciones entre las causas militantes en el interior de la institución (con sus lógicas, discursos y estéticas) y los acontecimientos que marcan el pulso del no siempre distinguible "afuera" de la universidad, y en los procesos de politización que dejan huellas en las biografías de estudiantes. Un punto especial de atención está puesto en las modalidades mediante las que la transformación de los órdenes público, privado e íntimo ingresa en las dinámicas de las agrupaciones y en las formas de politización de los actores universitarios. A partir de entrevistas, un sostenido trabajo de observación y el relevamiento de materiales producidos por distintas agrupaciones se reconstruyen y analizan aquí distintas escenas que condensan algunos de los temas, estilos e identidades colectivas que traman los repertorios y causas militantes del activismo universitario entre el 2001 y el presente.

ISBN 978-987-1309-23-8



9 789871 309238